

Fernando Diez de Medina

## Velero Matinal

Ensayo

1935

© Rolando Diez de Medina, 2003  
La Paz - Bolivia

### INDICE

[El Velero Matinal](#)  
[El Fuego de los Dioses...](#)  
[Campero o el Deber](#)  
[La Tempestad Petrificada](#)  
[Jaimes Freyre o la Personalidad](#)  
[Winckelmann o la Estética...](#)  
[Paul Moran en Escorzo...](#)  
[Noticia de la Pintura Boliviana](#)  
[Arte Americano: Cuadros de Guzmán de Rojas](#)  
[Índice Onomástico...](#)

*A la memoria de mi pequeña  
Beatriz, mensajera divina que Dios  
Puso en la tierra, para inundarla  
Fugazmente de luz y de alegría.*

### EL VELERO MATINAL b

**A** la hora indecisa de los amaneceres, antes que el juego puro de la luz ondule por el mundo, el viento del deseo, henchía el dócil seno de las velas.

Inmóvil, retenido en la sombra, dormía el sueño de una intacta escultura el paisaje.

Y en las linfas oscuras del agua, el Velero Matinal ponía el secreto ardor de una partida sin retorno.

## EL FUEGO DE LOS DIOSES

"Como la llama insaciable me consumo; todo lo que tocan mis manos se vuelve luz y lo que arrojo no es ya más que carbón. Seguramente, soy una llama..."  
NIETZSCHE

**E**n la noche sombría, densa de silencio, la gran boca delirante de la orquesta rompe la dolorosa quietud con sus voces ardidadas.

Desde la frase primera, poderosa y rotunda, se advierte la presencia de una imperiosa voluntad que nos habla en su lengua inefable y demonial.

Voces de tormenta resuenan por el aire. En el mágico claroscuro de los acordes, cruzan como relámpagos en la sombra las explosiones orquestales, el gemido agudo de los violines y el acento sonoro de los fagots.

Potente y hermoso, surgido en vida plena, el primer movimiento anega el alma con su enérgica dinamia espiritual. Después se apacigua la orquesta en la cavidad de un scherzo trágicamente persuasivo; la angustia repercute en la punta de un latigazo sonoro. Luego el gran tema del adagio — "weltschmerz", dolor del mundo —, lamento apasionado donde llora la pena de los hombres su más profundo llanto. Y en el allegro final adviene el delirio del sonido, se oye "gritar la rebeldía y aullar del dolor." Voz fuerte y bravía que se amotina desafiante contra el Destino. Dolor viril, atormentado, desgarrador. Tempestad del alma que se resuelve por el grito.

Escuchando la "Sonata Hammerklavier" de Beethoven, que Weingartner ha hecho el prodigio del llevar a la orquesta sin alterar su estructura ni su íntimo sentido, algo conmueve el espíritu con inusitada violencia. Algo nos dice que más allá del sonido hay un hervor furente de pasiones. Algo desentraña la música del genio para cautivarnos.

Beethoven; es decir el hombre que se quema por dentro. La fuerza que exprime sus raíces. El dolor constructivo que se afirma sobre la inminencia del peligro. La llamarada de la pira griega, cuanto más pura más estremecida.

El hombre que se quema por dentro. Aquí la clave para comprender porqué su música es la más próxima al corazón humano.

La vida es la pasión. Solo aquel que abandonando la sombra azul del éxtasis penetra al incendio movible de la experiencia individual, encuentra la intensidad del mundo latiendo en su propio corazón. Acto en intensidad, no en longitud; esto es lo que han olvidado los hombres, impelidos por el vertiginoso ritmo de la velocidad desatenta y fugaz.

Norma eviterna que guía la marcha humana es la fidelidad, la consecuencia en el esfuerzo. No todos llegarán al límite lejano; pero siempre será más noble el que se frustra en el mediodía del intento, que aquel que se consume en la esterilidad del abandono inalterable.

Tan puro es el estudiante anárquico encerrando su juventud entre las paredes hostiles de una cárcel, por lealtad a sus ideas, como el artista que rechaza todas las tentaciones del mundo para salvar en la soledad y las privaciones su genio creador. La naturaleza mística, vertida hacia dentro, no es menos grande que el sabio inmolado para alivio de la humanidad. No cede el reformador político al filósofo intérprete de los fenómenos. Consciente de su férreo destino, el militar tiene en el maestro otro arquetipo del deber. Por eso nunca podrá establecerse con precisión, en una escala de valoraciones, si Swedenborg pesa más que Pasteur; Platón más que Alejandro; Aníbal más que Sócrates.

Dondequiera que vaya la investigación del juicio humano, hallará un misterioso equilibrio sobre la línea donde se cruzan los contemplativos con los hombres de acción. El mundo se transforma incesantemente en lo visible y en lo invisible. No hay primacía en la actitud, sino en la honestidad de la intención.

Adolescente, joven, hombre maduro o anciano, cualquiera que sea la senda hollada por el ejercicio del ser, solo debemos pedirle la afirmación frente al destino; la erección de una voluntad sobre la masa oscura de las disociaciones. Así Federico Nietzsche, el amoralista que mejor entendió la moral en su estrecha dependencia con el hombre, puede recordarnos que solo un mandamiento hay para cada cual: ser puro. Mandamiento que después ciñe, como un círculo de fuego a una nube impoluta, con su trágica frase: "Dí tu verdad, y rómpete."

Resuenan distintas las voces de la pléyade ilustre; diverso es el acento de cada una, pero cuanto más se expanden sus secretas sonoridades, mejor se percibe la oculta armonía del canto sempiterno.

Es Kleist, el excesivo, que dice: "Aguanta firme, aguanta, como la bóveda que se sostiene precisamente porque sus piedras tienden a caer. Ofrece tu cumbre, irme como la clave de una bóveda, a los rayos de los dioses, y exclama: ¡Pegad ahí! Y déjate hender de arriba abajo, mientras quede en tu joven pecho un soplo de aliento, un poco de mortero y piedra que lo sostengan." Hölderlin, divino adolescente de la eterna pureza, que replica: "¿Qué voy a domar, si el alma me arde al verse encadenada? ¿Por qué vosotros, oh espíritus relajados, queréis arrancarme de mi propio elemento que es el fuego, si no puedo vivir mas que combatiendo?" Novalis, místico apasionado de la naturaleza, que canta a "la primitiva edad del mundo, la edad primera, cuando los sentidos con un excelso llamareo ardían."

Lord Byron, Schelley, Keats: la misma llamarada — ardiente, pura u conmovida— que flota al viento libre del deseo.

Se rompe todo límite, vence todo término, se quiebra todo círculo oprimente. De Homero a Chénier, la lengua divinal baja del infinito cielo. Y solo cuando el poeta resuelve en combustión interna su inquietud, arde la pira de los creadores, porque el artista, mensajero sagrado de los Dioses, ha de sacar de sí la escala inmaterial que haga el milagro de su elevación.

Nada, más admirable para expresar la grandiosidad del humano destino, como el viejo mito de Prometeo: ¡es necesario dejarse desgarrar las entrañas para volar hacia la luz!

Perdurable relieve destaca la figura del Hereje de Soana, que Hauptman ha creado para firmar las potencias ocultas de la vida sobre la débil vocación ascética. Y aquella otra del poeta vencido por la mezquindad provinciana, que Rodembach retrata en la Ciudad de la Aguas Muertas. O la de ese Vagabundo a través de cuyas Notas Waldemar Bonsels expresa una nueva conciencia en la manera de entender la vida. Y el artista adolescente de James Joyce, tan sutil, tan sensible, tan ricamente intelectual. Es que en todos esos tipos, aparentes ficciones de la literatura, se emboscan auténticas formas de la vida real que tienen un mensaje por cumplir. Son vidas en intensidad, que desde la indecisión de la superficie descienden a la definida solidez del fondo que las sustenta. Bellos destinos que se cumplen con facilidad y que por ello alcanzan suprema significación ante la multitud inenarrable de los hombres.

¿Se comprende la elección del adolescente que a los veinte años prefería escribir un gran libro y morir, renunciando a todas las seducciones de la vida?

Vida o literatura, realidad o ficción, el secreto es arder en voluntades. Solo se salva quien tiene una idea o un propósito para erguirlos frente al mundo.

El hombre que se quema por dentro cumple los designios más altos de la naturaleza. Por eso habita en su alma una sagrada primavera, que expía su grandeza en el dolor. Es él: irreductible, solitario, insobornable. Surgiendo en el éxito o hundiéndose en la caída, privado del apoyo ajeno, como lo quería Ibsen: fuerte y solo; y cuanto más fuerte, más solo.

Habla un lenguaje extraño a los demás que no persuade no se deja entender. Más que uno frente a todos, es uno contra sí mismo. Hacia el convergen las cosas del mundo; y él se desplaza sobre el cosmos. Solo el poeta hirió la raíz dramática de su sino, al decir: " las ideas brotan de mí como relámpagos y soy yo mismo el áspero peñón donde quiebran."

Aquel Herakles que esculpió Boudelle, es el símbolo más sugerente de esta norma que por el incendio interior aspira a elevar al individuo. Aquel Herakles que en su anhelo potente de afirmar la vida, hiere al espacio con la punta vivaz del arco tenso, mientras el recio torso del héroe se inclina coléricamente sobre el mundo; o sea la fuerza que para ascender al cielo se alimenta desde su propio fondo, bañada por la savia nutritiva de la tierra.

Por el camino de los siglos, pasa la muchedumbre temerosa de los hombres. Todos están: los grandes y los míseros. Y entre la caravana inacabable, bajo el claror sin término del tiempo, el salmo eterno vibra:

—Nunca más alta norma que aquella que en la angustia dorada del deseo, quema al hombre por dentro, hasta despertar al arquero divino que duerme en la noche profunda y enigmática del ser.

### CAMPERO O EL DEBER

"Imaginad que veis los personajes  
mismos de nuestra noble historia,  
tales como fueran en vida."  
SHAKESPEARE

**B**olivia es un pueblo que se busca a sí mismo.

En la lejana línea del confín se esfuman las sombras coléricas del pretérito arbitrario y tumultuoso. Pasaron los hombres que, ebrios de libertad, desconocieron su propio destino sucumbiendo al imperio de la conmoción popular intermitente, regida por el énfasis teatral del caudillo inculto y temerario. Vencido el término de la etapa romántica, se hace la luz sobre las masas amorfas que ayer crucificaron la espada y la ignorancia.

Un ritmo de transición nos imprime su brusco vaivén. Como el adolescente ansioso de abandonar sus vivencias infantiles para entrar a ser hombre, pugnamos por desasirnos del influjo primitivo para marchar libremente a la futura madurez. No hemos dejado de ser un pueblo niño, ni somos todavía una nación consciente de sí misma. Vivimos una edad de tránsito en que el espíritu, abortado, descubre todos los minutos la fuerza que el pasado le ocultó; comprueba su presencia pero no la entiende y está muy lejos aún de dominarlas.

En estas primeras reacciones ante el mundo del contorno que a veces originan, por incidencia, rápidas y sobresaltadas fugas al universo interior, se anuncia el advenimiento de la juventud, esto es de la salud vigorosa y fortificante. Con la presencia de la juventud sobreviene el hecho más profundo en la significación histórica de los pueblos: nace la conciencia. Lejos de limitarse a la actividad intrascendente del instinto, el hombre comienza a interrogar; en la interrogación halla la duda; y de este ejercicio de la inteligencia que analiza sus problemas y plantea sus soluciones particulares, afrontando deliberadamente las características vitales, se forma los que denominamos luna cultura.

Genéticamente, como cualquiera sociedad humana que empieza el aprendizaje para ser una nación, se transforman nuestros sistemas políticos, sociales y económicos. Se expanden las industrias. Las redes camineras vinculan todas las zonas productoras del país. Crece el comercio. Se extienden nuestras relaciones internacionales.

Mas donde evidencia que principiarnos a expresarnos en un lenguaje propio, es en el proceso télico, es decir ya no en la germinación natural de los hechos, sino en el propósito con

que el espíritu rige sus actos encaminándolos hacia un fin determinado. En el análisis histórico, en lo arquitectónico. En lo musical, en lo literario y en lo pictórico, si siente la invasión poderosa de un sentimiento colectivo que aspira a fijar, mediante formas particulares, las características de la vida boliviana.

Esta aparición de la conciencia como fenómeno representativo de una minoría colectiva, tuvo lugar medio siglo atrás. Es en 1880 donde por primera vez los bolivianos afirman su deseo de ser nación. Y ninguna figura más significativa para estudiar esa aurora inicial del alma boliviana, como la de Narciso Campero, militar y hombre de ley, imagen trascendente del perfecto ciudadano, porque supo enseñar el culto del deber al individuo, abriendo el camino a la creación de la conciencia popular.

Nuestros historiadores, pragmáticos empedernidos o sociólogos irrenunciables cuando no frívolos jueces surgidos al amparo del chisme callejero y del suelto periodístico, carecieron de la pupila flexible que tras de vislumbrar el conjunto panorámico, se ejercita luego en el examen de grandes y pequeños trazos. Se diría que la ley del contraste les fue ignorada; y acaso por ese desconocimiento del claroscuro, donde se insinúa la causa invisible al ojo que solo se detiene en los colores encendidos, lamentamos hoy el carácter puerilmente episódico de nuestra historia, detenida en los umbrales de la psique nacional y pintorescamente engalanada con los furros pasionales de los ingenuos comentaristas, que no trepidan en erigir o derribar figuras al solo impulso de su inapelable voluntad.

En los anales del pasado nuestro — salvando escasas excepciones— hay un fragor de aguas que se quiebran con estrépito, como un río impetuoso donde fuera imposible navegar, porque hombres y hechos son olas que perecen en tremenda confusión.

Al acercarnos a nuestras grandes figuras, valiéndonos del texto histórico, salimos desolados: si nó la consagración excesiva que degenera en lo ridículo, asedia la miopía incomprendible que se detiene sobre el filo de las cosas, cuando íbamos a exigir su explicación.

Campero, como otros hombres prominentes, no ha sido fielmente expresado en nuestra historia. Detrás del militar o del estadista se escondió al hombre, que sus contemporáneos no estuvieron preparados para comprender.

Pero existen procedimientos eficaces para sustraerse a las pueriles perspectivas de nuestra pseudo historia.

Frecuentemente bibliotecas, leyendo la prensa de su tiempo. Estudiando su epistolario inédito, analizando sus documentos públicos, examinando serenamente cuanto dijeron sus escasos amigos y sus numerosos enemigos, comenzamos a ver claro. Habrá que sumergirse luego en un frondoso bosque de papel impreso, hasta impregnarse del ambiente adhesivo en que le cupo actuar; deducir muchas observaciones de la manera cómo reaccionaban sus contemporáneos ante su recto proceder; inducir las diversas fases psicológicas a través de las cuales se fue organizando su conciencia. Para aprehender al hombre, el último término, se indagará en su vida con la fervorosa atención del investigador que busca en el mínimo detalle, a veces en el ala de seda del matiz, todas las manifestaciones de la verdad, tendiendo siempre a buscar la trama oculta de las influencias, donde reposa el centro de gravedad del individuo.

Después vendrá la etapa más dura, la síntesis reconstructiva de que tan alejados anduvieron nuestros insignes historiadores. En el claror de las andanzas matinales, en el silencio de las tardes pensativas, en la profundidad del cielo anochecido, largos soliloquios con ayuda de la naturaleza que abre la inteligencia y aguza la sensibilidad. Así, entre certeras intuiciones y paulatinas conjeturas, la verdad se acercará lenta pero seguramente, porque es innegable que el pasado solo se nos revela cuando somos dignos de acercarnos a su vera, tal como lo presentía Nietzsche al afirmar que la antigüedad habla con nosotros cuando ella quiere, no cuando nosotros queremos.

Cumpliendo el laborioso aprendizaje, practicada la severa disciplina, nos será dado penetrar en el tiempo. Y en tanto los perfiles deformados y borrosos del personaje histórico se

esfumen a la distancia, veremos crecer rápidamente es estatura al hombre de adentro, a quien representa el primer indicio de conciencia en la formación del alma nacional.

Solía decir Monseñor Taborga, sagaz conocedor de gentes, esta frase que da la mensura episódica del Homero del 80: "Las aventuras y peripecias de la vida de Campero son, por numerosas, extraordinarias y pintorescas, más que las de Ulises."

Bastaría el juicio para sospechar la dificultad de abarcar en pocas páginas la figura camperiana, difícil de reducirse a la síntesis por lo accidentado de su vida y lo complejo de su espíritu, que siendo en apariencia simple, se desplazaba mucho más lejos de cuanto pudieron presumir admiradores y folicularios. Pero es necesario miniar esa figura y destacar su perfil, antes de introducir al lector a su presencia.

Sintéticamente, los datos inmediatos que cualquiera puede encontrar a simple vista, para formarse una idea general, son éstos:

Narciso Campero nace en 1813, en la casa solariega de los Marqueses del Valle del Tojo, siendo hijo de don Felipe Campero primo de Marqués, y de doña Florencia leyes, de ascendencia aragonesa.

Estudiante de Derecho, se decide finalmente por las armas. Subteniente en la primera guerra internacional del país, hace la campaña a órdenes del General Brown: Humahuaca, Iruya y Montenegro, ganando los galones de Teniente y de Capitán. Pocos más tarde iniciará la defensa nacional contra la segunda invasión extranjera, ascendiendo a Comandante por su valeroso desempeño. Concluida la campaña que liquidó el triunfo de Ingavi, obtiene el grado de Teniente Coronel.

Viaja a Europa como Primer Secretario de Legación en Francia. Renuncia a la actividad diplomática y social para perfeccionar sus conocimientos militares y dedicarse al estudio científico arduamente. Conoce España y Prusia. Se gradúa de Ingeniero Civil en la Escuela Politécnica de París. Cuando Inglaterra y Francia declaran la guerra a Rusia, ofrece sus servicios profesionales, pero gobierno de Bolivia lo llama y retorna a la Patria. Rinde examen de abogado y obtiene el título en provisión nacional.

Elegido diputado por Potosí, los revolucionarios lo apresan y está a punto de perder la vida. Acompaña al Dictador Linares desempeñando funciones administrativas. Siendo Prefecto en la misma ciudad, se niega a rendir la plaza que otra revolución ha capturado, salvándose milagrosamente del fusilamiento. En 1861 desconoce al Triunvirato. Caído el Dictador, rompe su espada y retorna a Europa.

Es ya Coronel. Acompaña a Melgarejo cuando nada hacía suponer aun al futuro tirano. Interviene temerariamente en la revolución contra Belzu. Ayudante General del Mandatario, después Prefecto de La Paz, es leal al Gobierno y nuevamente correrá grave riesgo su vida cuando las turbas se rebelan contra Melgarejo. Decepcionado de la política del déspota a quien no puede conducir por la buena senda, Campero rompe con el presidente y otra vez solo un designio providencial lo salva del patíbulo. Es desterrado. Trabaja en Buenos Aires como abogado.

Alzados los pueblos contra la tiranía, regresa al país y vence en Alpacani a las fuerzas melgarejistas. Caído el déspota, es elegido nuevamente Representante Nacional. Más tarde Ministro de Guerra durante el gobierno de Morales. Ascende a General. Es agente financiero en Europa.

Casa en 1872 con doña Lindaura Anzoátegui una de las bolivianas más ilustres del siglo XIX. El gobierno de Daza lo persigue y lo hostiliza duramente.

Al estallar la tercera guerra internacional que debe afrontar Bolivia abandona el reposo hogareño y pide un cargo en el Ejército. Organiza y dirige la 5a. División. Un año después, depuesto el Presidente Daza, los pueblos de Bolivia, por aclamación, designan a Campero Presidente Provisorio. El 26 de mayo de 1880 es Supremo Dictador de la Guerra y comanda a los ejércitos aliados en la trágica jornada del Campo de la Alianza.

Perdido el combate, la Convención Nacional. Constituida por los hombres más representativos de esa época, lo elige Presidente Constitucional de la República.

A los 69 años Campero organiza un segundo ejército venciendo con indomable voluntad todos los obstáculos y la miseria reinante. Administra austeramente el país en estos años decisivos de restauración. Da elecciones libres — ejemplo único en nuestra historia — entregando el mando con rectitud romana, a su adversario político y personal con quien sustenta un pleito por cuantiosos intereses. Es elegido Senador por Potosí. Septuagenario, seguirá ocupándose de la política internacional y de los temas educacionales, tópicos predilectos de su preocupación ciudadana.

Muere a los 83 años, pobre pero limpio, sin que sus compatriotas hubieran comprendido su grandeza interior.

Este es el perfil tosco, sintético y escueto de la realidad externa.

Detrás de tales datos inmediatos de su vida, que poco dicen en la trivialidad del acontecer histórico, descubriremos la mensura escondida del hombre, su fuerza moral, luz fulgurante que oscureció medio siglo la lóbrega fermentación del pasado, pero que comienza ya a iluminar la atmósfera boliviana.

¿Qué es de los primeros besos maternos que fueron míos y no conocí?

¿Qué es del sueño que de mi frente infantil nació para mi padre?

¿Y mi padre, que murió cuando yo buscaba mi alma, jamás sabrá que la encontré y existo?

En estas frases, que Leonardo Coimbra pone en su ensayo sobre el Dolor, está contenida la niñez de Campero.

Privado de la ternura materna, lejos de la segura protección del padre, el niño busca su camino por sí solo, ceñido por esa noble melancolía que anticipa una prematura gravedad. Estos ojos que carecen de otros que velen por ellos, son los que ven más lejos. Estas manos que no encuentran asidero aprenden a crisparse para el combate. Este corazón abandonado se expande hacia dentro, cuanto más cerrado es el contorno donde vive.

El niño asiste a los trajines de la guerra emancipadora. Sus primeras impresiones se fijan en torno a las campañas de los generales peninsulares y las guerrillas de los patriotas altoperuanos.

Son los tiempos legendarios en que la audacia, un gesto temerario, la desesperación, deciden las batallas. Se escucha el fragor de los combates lejanos. Resuena el estrépito de la metralla. A veces pasan tropes de jinetes en galope huracanado; o cruzan montones de infante en desordenada fuga. Soldados profesionales que luchan por el Rey y masas de criollos que defienden su independencia. En los sueños del niño se alzarán, alternativamente, las figuras de aquel Jerónimo Valdez, caballeroso y brillante militar español y de ese otro nobilísimo guerrero americano que se llamó Antonio José de Sucre. Frente a los desmanes del "Barbarucho", cruel persecutor de los patriotas, las hazañas del guerrillero don José Miguel García Lanza. Y entre los triunfos de unos y las caídas de otros, la mente infantil se poblará con este mundo vigoroso de bélicas acciones que el azar pone en su vida. Tal la niñez de Narciso Campero, sinfonía heroica donde resuenan las pasiones de dos pueblos, mientras los hombres juegan su destino airadamente.

El alma del pequeño observador se satura con rapidez de ese aire impetuoso y juvenil que trae la libertad. Ha visto los sacrificios humanos por emanciparse del yugo extranjero; y no olvidará jamás la ofrenda sacra de los que cayeron para afirmar la vida de los que vendrán.

Estudiante en el Seminario de Chuquisaca, asiste un día a la entrada del Gran Mariscal de Ayacucho. La noble expresión del soldado, su bondadosa fisonomía, la dulce humanidad de sus

ojos, seducen hondamente al muchacho. De entonces para siempre, será el arquetipo de su infancia apasionada y el supremo mentor espiritual de su provecia madurez. Las palabras del filósofo clarifican esta innata simpatía que es ya segura promesa de superación: "La pasión de cada hombre por un cierto ejemplar humano, no es más que el reconocimiento, en ese tipo, de la mejor parte de su alma, subida de la profundidad del deseo, al sol de la realidad."

Una tarde de abril de 1828, el niño atisba el desarrollo del combate de las fuerzas leales contra los amotinados que apresan al Presidente Sucre. Aunque el movimiento es reprimido con energía, quedan dos hechos suficientes, por sí solos, para orientar una conciencia que principia a conocer el mundo: Lanza, el insigne combatiente de la Guerra de los Quince Años, rindiendo la vida en defensa del orden legal; y Sucre, roto el brazo de Ayacucho por un tiro de los amotinados, recibiendo con filosófica amargura el terrible latigazo de la ingratitud.

Así nace en Campero, con el espectáculo de la vileza humana, el sentimiento de la debilidad del justo; y éste es el instante en que el niño comienza a razonar, comprendiendo instintivamente que es necesario educar a los pueblos como a las criaturas, para que no se rebelen contra las leyes de la naturaleza.

Más tarde, el adolescente fluctuará dos tendencias diametralmente opuestas: el guerrero y el hombre de ley.

La turbulencia de su tiempo, la revolución permanente, la debilidad internacional, lo conducen a la carrera de las armas; la ignorancia, la pobreza moral, el desborde de los instintos aprender por los caminos de la cultura, para aprender a fin de enseñar después. Y entre estas dos inclinaciones innatas de su espíritu, que el medio modela enérgicamente, Campero aprende a combinar las cualidades del guerrero con las virtudes del ciudadano.

Si aplicando el consejo del Adler trazamos una línea de movimiento para estudiar las alternativas de su vida, veremos cuán exactamente se cumplen, a través de todas sus peripecias — riegos más que venturas— estas dos profundas influencias que lo obligan a fundir la espada con el bien, porque el precoz observador ha comprendido ya que donde imperan el motín cuartelero y el analfabetismo de las masas, la espada debe rubricar las decisiones de la pluma, para que la obra civil surja y se consolide al amparo del prestigio militar.

Ahora podemos comprender esa singular antinomia del guerrero-hombre de ley, destruyendo la aparente paradoja del soldado que organiza y protege la civilidad. Nacido en el vórtice de la gestación de la república, el adolescente de 1828 cumplirá su destino con máxima eficacia, enseñando a respetar las leyes y a erigir la conciencia moral del ciudadano, sobre los intereses menguados del club político y la torpe vesania del caudillo armado.

De esta pugna natural entre la espada y la virtud, que el Hombre del 80 resolvía en armoniosa convivencia interior, nace el símbolo más puro de desprendimiento cívico, la mejor lección moral que tuvimos los bolivianos después de Sucre.

Es el hervor de las pasiones. Triunfa el golpe armado como institución permanente. Al dictador letrado sucede el déspota ignorante. No hay industrias. Es pobre el comercio. La cultura patrimonio de seres de excepción. Mientras la república se debate entre la anarquía y el dolor, la soberanía nacional es en verdad un mito, porque la acción gubernativa y el movimiento social se concentran en las ciudades pobladas, abandonando por entero feraces y enormes regiones. Si se observa la situación geográfica de los bolivianos desde arriba— estamos en los primeros lustros de la república— se ve el singular espectáculo de puñados de hombres que en vez de diseminarse por el extenso territorio, se reducen a llenar aldeas y villas con la inconsciencia del poderoso latifundista que descuida sus vastos dominios, para vivir confiadamente en un rincón apartado de su heredad.

El fetichismo político sustituye a la religión. Las fuerzas productivas se asfixian por la conmoción periódica de los pueblos. Mísera la instrucción pública. Cohibida la actividad social. Predomina la ambición personal sobre el bienestar colectivo. La intriga sobre la lealtad. El brazo armado sobre la mano abierta de la comprensión. Gira el molino de las constituciones sucesivas y los hombres ahogan su sed de libertad en leyes de papel que la bota militar aplasta sin escrúpulos.



Cuando el caudillo inculto y temerario quiere halagar a las masas, las azuza contra las viviendas de sus rivales políticos. El saqueo y el incendio son hábito popular. La destrucción de la riqueza privada anuncia la angurria de la hacienda pública. Así transcurre la vida boliviana, en tanto leyes, instituciones, fortunas, sociedades y hombres ejecutan la danza inverosímil de la inconsciencia. Y para expresar admirablemente tamaña miseria, una prensa venal, emponzoñada, irresponsable, es el lenguaje natural que corresponde a la barbarie del medio.

Dentro de ese horizonte biológico enfurecido ha de vivir Campero, sin mas defensa que la intrepidez de su carácter y la integridad de su alma. Para el joven que comienza a ser hombre, no se trata de un pueblo enfermo, sino de un pueblo niño que tras el cautiverio de tres siglos reclama su derecho a vivir, entorpeciendo con su propio frenesí el camino hacia el futuro. Es la niñez irreflexiva de la comunidad, que requiere el ejemplo para refrenar los instintos y abrir paso a la razón.

Aquí sobreviene otra etapa fundamental en la vida del joven militar: decidir entre la ascensión por la audacia o prepararse cuidadosa y científicamente para ser útil a su patria.

¿No ha dicho Wassermann que el hombre está colocado en la mitad precisa entre libertad y destino? Campero presiente el suyo, pero prefiere buscar el camino más difícil para realizarlo, porque sabe que será también el más digno.

Contrastando con el torbellino de los motines de cuartel, rompiendo la vieja secuela de militares arbitrarios que solo podrían practicar las formas monstruosas de la tiranía, el Teniente Coronel Narciso Campero, después de ganar honrosamente sus grados en las dos guerras internacionales que sostiene el país, se sustrae a las tentaciones de la política de barricada y parte a Europa, sediento de cultura, camino de la sabiduría.

Con esta aparición del sentimiento innato del deber, se anuncia ya el advenimiento de la conciencia nacional, porque Campero es la expresión de esa pequeña minoría sana de la república, que aspira a depurar el medio ahogando al caudillo en beneficio de la estabilidad colectiva, y que busca en la ciencia y la conducta individual la seguridad futura de la nación.

Son diez años de permanencia en Occidente. Diez años laboriosamente aprovechados. El militar renueva y acrecienta su preparación científica. Pero el hombre no se queda rezagado. Es aquí donde ha de demostrar la nobleza de sus aspiraciones.

El carácter, que en su patria solo se manifiesta como culto a la fuerza física y a la empresa audaz, Campero lo transforma en severa disciplina intelectual. Sus andanzas por los áridos caminos de la cultura se metodizan; realiza duros trabajos de asimilación; estudia sin tregua; ordena, clasifica y ensancha sus conocimientos. Va desplazando su espíritu desde los planos reducidos de la realidad nativa, hasta los altos problemas del pensamiento universal. Mentalidad sobriamente organizada, se desvela en superarse para aplicar más tarde sus experiencias a la patria lejana, devolviendo generosamente los beneficios adquiridos.

Cartesiano en el método, cultiva ahincadamente las ciencias: matemáticas, astronomía, física, geografía, educación, historia, gramática, etc. Un compañero suyo, de origen francés, le manifestará epistolamente la honda admiración que le inspira esa tarea infatigable de estudioso.

No descuida tampoco la frecuentación de las artes; ama y se ilustra en la música, en la pintura, en la estatuaria. Estudia las costumbres de los pueblos, el desarrollo de su inteligencia colectiva, sus virtudes, sus defectos y sus características peculiares. Y en las pocas horas que aún le queden libres, se esforzará por acercarse al mar movible de la filosofía. Fecunda y austera juventud, consagrada a la educación de sí misma, sin dar tregua a la voluntad ansiosa de saber.

A través de las vicisitudes humanas, sobreponiéndose al caos social de su tiempo, el futuro estadista modela acerbamente su personalidad. En esta juventud ejemplarmente dedicada a la afirmación del individuo, que aspira a ser útil a su comunidad, esplende el más puro signo de abnegación, violento contraste de luz sobre el fondo sombrío de la época.

Teníamos ya el héroe enardecido por la pólvora y el héroe tribunicio. Campero comprende con ágil intuición que es preciso superarlos por el héroe como lo quiere Carlyle: es decir el hombre íntegro, la conciencia que crece y se afirma indestructible en sí misma para oponerse al mundo exterior. Antes que el poder cesáreo o el arrojío temerario de los mitos teogónicos, una nueva tipología en la historia del heroísmo: la figura del hombre-humano reemplazado al hombre-legendario. Para llegar a transmitir su mensaje a los hombres, hay que poner en juego todas las potencias febriles del carácter y de la sinceridad. Por eso, para crear en sí el héroe moral, el joven estudioso principia a extender sus sentimientos cívicos, abarcando la doble urgencia del desinterés en la prédica y el altruismo en la acción.

Sus investigaciones lo aproximan a la virtud universal. Lee a Pitágoras y adopta su tema: "Decir la verdad y practicar el bien." Descubre la conciencia ética de la antigüedad en Sócrates. Tropieza con Posidonio, aquel grecorromano para quien la finalidad moral del hombre frente al mundo, no es sino lógica consecuencia del conocimiento panteísta del cosmos. Admira al científico Aristóteles, al Descartes y a Newton por sus sistemas. Conoce a Rousseau, Voltaire y Goethe. Mas se admira al creador del Cándido, execra sus desmanes y su pernicioso inclinación a la malevolencia, tan rudamente expresada en la famosa frase: "Calumniad, calumniad que siempre queda algo."

Pero su camino es directo. Sobre las concepciones militares de los grandes capitanes de la historia; sobre la vida de insignes pensadores o el esplendor de ilustres artistas, pondrá siempre el rayo de oro de su admiración por el bien, confiando las más íntimas simpatías de su alma al austero Epaminondas, al patricio Cicerón y al virtuoso Mariscal de Ayacucho, como el fácil comprobar en su correspondencia privada, en sus memorias particulares que reflejan fielmente la vigorosa expansión de su espíritu. Por encima de sus afanosas búsquedas científicas, coronando ese activísimo proceso de elaboraciones concienenciales, cuán honda habría sido su dicha si al tropezar con los gritos del Kant hubiese visto expresado lo que sintió confusamente en su interior: "Obra de tal modo que consideres la humanidad, tanto en tu persona como en la de los otros, en todo tiempo como en la de los otros, en todo tiempo como un fin, jamás como un medio recompensa para su ansiosa juventud, que luchaba valerosamente contra un siglo materialista y escéptico.

Y este hombre que ignora también a Scheleiermaker, pero que como él cree que la ley moral es la vida natural de la razón, separa cuidadosamente lo bueno de lo malo; asimila la rapidez de concepción, la claridad, la concisión en las ideas del genio galo; mantiene su inquebrantable religiosidad de raíz española, que es una de las potencias más hondas de su espíritu. Desprecia la pompa de las cortes europeas y aprende a desarrollar en silencio su fuerza, en una escuela nobilísima de sobriedad, virtud y meditación.

Son diez años de empeñosa y metódica labor donde se plasma el alma vigilante del futuro patricio. Todo lo que ve y aprende, sueña en aplicarlo después a su tierra. Acrecienta su cultura, refina su sensibilidad y educa su percepción estética por esa suprema ambición de contribuir al mejoramiento de sus conciudadanos. No es suficientemente conocida esta etapa fundamental de la vida de Campero. Solo penetrando en sus cartas íntimas, en sus memorias inéditas, en el recuerdo de algunos que lo conocieron y analizando los móviles de su actuación en el ejercicio de funciones públicas, se puede sospechar los inmensos beneficios que para su alma ardiente de saber y de disciplinas interiores tuvieron esos diez años de Europa, saturados de curiosidad, donde sometido a su solo control pudo orientarse sabiamente hacia la verdad y hacia el bien.

Durante tan larga ausencia los solares nativos no se han transformado. El analfabetismo, la ambición personal y la revolución permanente continúan predominando en el medio. El caos sigue su curso con absoluta regularidad. Sangrientas conmociones populares entenebrecen los horizontes patrios. Es que no ha llegado aún la hora del equilibrio; y los compatriotas de Campero siguen el ritmo de la niñez ciudadana, que se rige por el ímpetu, el desconcierto y la barbarie.

Al pisar emocionado el suelo patrio, Campero cree vislumbrar la causa de nuestros males seculares: la revolución política permanente debe ser sustituida por otra revolución espiritual de

mayor potencia. Y lanza su célebre "Proyecto de Revolución", hoy una de sus más significativas obras, pero en su tiempo simple documento impreso que se pierde en el torbellino de los hechos cotidianos.

Lo enfático, lo decorativo, la apariencia, primaron ayer y se prolongan hasta los últimos años entre nosotros. De ahí el henchimiento de las formas, el alarde macizo y grandilocuente, el neo-barroquismo de los criollos, cuyos historiadores, pragmáticos constructores de sistema, se quedan en la dramática crispación de la superficie, sin penetrar las corrientes subterráneas del fondo. Así se explica que ese "Proyecto de Revolución" no sea mencionado ni siquiera como documento político de su época, cuando en verdad es toda una expresión de la psicología minorista que pugnaba por depurarse del pasado tempestuoso y nefasto.

En ese breve y enjundioso estudio, Campero analiza el factor psíquico del descontento como causa primaria de rebelión interna. Sostiene que antes que los progresos materiales — caminos, colonización, obras públicas— se debe combatir duramente el cuerpo social enfermo, atendiendo a la formación de una nueva y pura juventud que incontaminada de la atmósfera viciada del politiquerismo, se forme en una auténtica moral cívica, hasta que mediante la educación coordinada se llegue a conseguir la regeneración nacional.

Crítica la excesiva importancia concedida a las producciones poéticas y de arte, descuidando el cultivo de las científicas. Lejos de cortejar a la juventud, la hacer ver sus errores, fatal pendiente hacia donde la conduce la ceguera colectiva. "El vicio —expresa— es como una avalancha que desprendiéndose de la cima de una montaña, arrastra cuanto encuentra a su paso, se envuelve en las blandas masas que toca, y va creciendo en rapidez y volumen a medida que baja." Por eso insiste en que es preciso evitar que cunda la corrupción, aferrándose a un plan integral de reforma educativa, que no abandonará ni en los años penosos de sólida agerasia.

La médula de su "Proyecto de Revolución" es la reforma educacional del país, a base del establecimiento de una gran Escuela Central, para formar profesores expertos en lugar de vulgares demagogos; hombres seguros de su ciencia, en vez de enciclopédicos doctores.

El folleto contempla la creación de diversos establecimientos de enseñanza de utilidad práctica, tales como un Instituto de Agricultura, un Colegio de Artes derivadas de la industria minera, Escuelas Manuales, etc. Completa ese vasto plan, inspirado en los conocimientos de su tiempo, otro conjunto de iniciativas para la creación de un moderno cuerpo policiaco, la impulsión de ciertas industrias nacionales y otras medidas tendientes a reprimir la empleomanía juvenil.

Las ideas primordiales de ese estudio, mantiene su actualidad dos tercios de siglo después de haber sido escritas; y si bien es lógico reconocer que los sistemas pedagógicos se han transformado radicalmente, no pierden su mérito intrínseco los planes educativos de Campero, sagaz conocedor de la psicología boliviana y de sus inmediatas necesidades, que "deja para otros los laureles de la imaginación y de genio", consagrándose a laborar positivamente por su patria.

El político responde con igual nobleza a su misión. Prefecto de Potosí, al ser intimado por los revolucionarios para firmar la rendición de la plaza, prefiere afrontar el fusilamiento por no deshonrar su investidura; el destino resguarda su vida. Sirviendo a un Dictador, afrontando a los déspotas, ejerciendo el mandato popular en las Cámaras o rigiendo las circunscripciones departamentales, el estadista hará sentir el influjo benéfico de su probidad, de su desprendimiento, de sus virtudes cívicas, lúcidamente expresadas en su conocida frase: "No tengo genio para lisonjear ni para sonreír al que manda."

En el hervor candente de la política boliviana — segunda mitad del siglo XX— es interesante comprobar cómo la conducta de Campero constituye la excepción solitaria del auténtico civismo.

El caudillo militar y el demagogo criollo luchan fieramente; aquel por encaramarse merced al motín cuartelero, y éste desenvolviendo la red de intrigas que ha de compensar sus desvelos. Es el combate sin tregua, obstinado y sangriento, tan característico de aquellos primeros tiempos en que la civilidad solo se manifiesta por la monotonía. El ansia irreprímible es la captura del poder.

Campean el desorden, la deslealtad, la intriga. Dominan la violencia, lo melodramático, la ignorancia. Y en este juego voraz de los instintos, los ciudadanos cruzan por los caminos de la patria sin un ideal que los sostenga, sin un deber que los reanime, ebrios de rencor cuando en el lomo de una mula inician el camino de la proscripción, o trémulos de coraje cuando les llegue la hora de ser víctimas de la tiranía.

¿Para qué pintar el cuadro sombrío donde fermenta el espíritu convulsionado de un pueblo que se debate en el proceso de su formación? Toda la Historia de la América Sureña en sus primeros lustros de vida independiente, se desarrolla en una atmósfera cargada donde la barbarie y el desconcierto ponen sus más negros tintes.

El salto traduce la psicología de la época. El salto brusco, ascensión rápida, temeraria, sin sustento para el futuro; la improvisación, la tentativa que atropella, la suficiencia engreída, la ambición insaciada. He ahí la tónica del tiempo. Se trata de subir a cualquier precio y por cualquier medio. El salto audaz, aunque luego se abra bajo los pies atolondrados la boca del abismo.

Campero que conoce su medio y conoce a sus pobladores, quiere ser la excepción. En una carta privada, escrita en 1869, dirá estas palabras donde palpita la amarga indignación del patricio: "Casi es una vergüenza pensar en sí mismo, en estos tiempos en que la patria exige que abdicemos de nuestras ambiciones para consagrarnos por entero a ella."

Ahora ya nos explicamos el "tempo lento" de la carrera política y militar del General Campero. Si en su vida no encontramos el ritmo fulgurante que suele presidir otros destinos; si no o vemos encumbrarse con la celeridad que él se levantan muchos de sus contemporáneos, que le son indiscutiblemente inferiores en preparación y en capacidad; si no ocupara grandes situaciones ni recibe supremos honores, en el extenso plazo de veinticuatro años que transcurren desde su regreso del primer viaje a Europa hasta la Guerra del Pacífico, es porque entre los millares de caudillos y demagogos en ciernes, asoma ya la fidelidad inquebrantable del verdadero ciudadano.

Parlamentario, prefecto, jefe de cuerpo, proscrito; en la actividad militar o en la actuación civil, Campero es siempre el hombre de la medida innata, de la ponderación cívica, del desinterés personal.

Rebelde a las tiranías ominosas, incorruptible a la tentación de las intrigas, reacio al compromiso de trastienda, el patriota ve pasar un cuarto de siglo pausadamente. Así el reformador que llevó en el fondo de su espíritu toda su existencia, quiere enseñar a los bolivianos la más alta lección: la lección del desprendimiento en el ejercicio de la actividad pública, conduce a la grandeza de la patria por el árido camino del sacrificio individual. Se cumple la hermosa misión del reformador: el primero en desarrollar la conciencia ética del verdadero ciudadano, es también el primero en dar ejemplo de renunciación en beneficio de la colectividad.

¿Qué extraña viene a resultar esta figura aislada de Narciso Campero en la selva abigarrada de la política de su tiempo, donde hay pasiones pero no voluntades, porque los hombres viven en el universo de fuera, sin haber asomado siquiera al borde filosófico del mundo interior?

Solo estos veinticuatro años de insobornable integridad; solo estos veinticuatro años de pausado ritmo que ciñe la abnegación con amoroso afán, pudieron darnos después al Hombre del 80, porque ni el Dictador Supremo de la Guerra ni el Mandatario de la Restauración fueron consecuencia del azar. Ambos germinaron en la tierra oscura de los años pretéritos, cuando en la plena madurez Campero educaba el carácter librando la más dura de las batallas: la batalla del saber contra la ignorancia y de la virtud contra la corrupción.

Llega la guerra de 1879. El hombre ha envejecido el servicio de la patria. A la sazón es perseguido y vejado por el Gobierno. Pero apenas estalla el conflicto, no vacila en pedir un cargo en el ejército. Se le confía la organización y mando de la Quinta División.

Otro será el momento de analizar los valores militares del Campero. Entretanto, sigámosle, en esos años aciagos, como a la más genuina expresión del alma boliviana, porfiando por romper los designios del destino.

Sin armas, sin municiones, sin víveres, deliberadamente hostilizado por el Gobierno, solo su férrea voluntad, su grandeza de alma logran vencer las dificultades. Como los ejércitos que la Francia de la Revolución hacía surgir por el milagro del fervor patriótico que defiende la libertad, las tropas de Campero, desprovistas de los pertrechos necesarios, a veces hambrientas, cruzaron el desierto impelidas por la férrea voluntad de su conductor. No faltará un comentarista agudo que en pocas imágenes sintetice la tremenda empresa: "Fue Campero en el desierto como Moisés; conducía sus huestes en lucha contra las inclemencias de los elementos y la animadversión de los hombres, a la reconquista de la tierra prometida, de nuestro mar."

Otros trances decisivos le pedirán aún mayores sacrificios y a todos responderá con esa energía suprema de las almas superiores que jamás se abaten ante el contraste. Consumados los primeros desastres de la campaña, los pueblos bolivianos en masa designan al General Narciso Campero Presidente Provisorio de la República.

Fueron características de Campero la rapidez de concepción en los planes y la audacia en la ejecución del ataque; a ellas debió casi todo sus triunfos militares. En 1880 el azar le fue adverso. Falló la sorpresa de Quebrada Honda por la neblina que desorientó la marcha del ejército; pero la misma prensa enemiga no trepidó en confesar que, de cumplirse los planes del Generalísimo de los ejércitos aliados, las fuerzas invasoras habrían sido destruidas.

En el combate del Campo de la Alianza, Campero, Dictador Supremo de la Guerra, dirige las tropas Perú-bolivianas. Se libra la batalla más imponente que hasta entonces especta la América. En el fragor del combate, al flaquear el ala izquierda, Campero conduce personalmente los refuerzos y aquel famoso Batallón "Colorados" que inscribirá un nombre en los anales de la historia continental. La actuación del General en Jefe de las fuerzas aliadas no puede ser más airosa. Pero el infortunio se cernía ya sobre tierras bolivianas, y se perdió la batalla que antes de librarse estaba materialmente definida por el escaso armamento, la inferioridad numérica, los pocos recursos de subsistencia, la pobreza del país, resultado de todo ello de las lamentables condiciones en que entramos a la tercera guerra internacional. Campero, el hombre puro y enérgico, paga los errores de medio siglo de caudillaje ignorante y arbitrario.

Es aquí, en la derrota, donde se descubre la grandeza del hombre. Aparece el Epaminondas de nuestra historia. Instruido en ciencias y artes, afecto al cultivo general del espíritu; generoso, sencillo, virtuoso; moderado en política, firme en sus convicciones, sobrio en sus costumbres, Campero es también, como el táctico de Leuctra, verdaderamente grande por su tolerancia, su justicia y su magnanimidad en los años de paz; e igualmente valeroso, resuelto, inquebrantable en los riesgos de la guerra. Epígono del famoso tebano, nuestro General es la encarnación del más ejemplar patriotismo, dispuesto a todos los sacrificios que demande el cumplimiento del deber. Y si pudo decirse que Epaminondas fue la conciencia cívica de los tebanos, podrá asimismo afirmarse que Campero es la fe patriótica de los bolivianos, más encendida cuanto más fuertes son los golpes del destino.

Se ha dicho que el mayor mérito de Epaminondas no consistió en ganar varias batallas a favor de Tebas, sino en haber despertado el valor en el ánimo de los tebanos, enervados por una larga servidumbre. Una enseñanza análoga se encuentra en la actitud de Campero después del 26 de mayo de 1880. Derrotado jamás vacila su fe, se aferra obstinadamente a la posibilidad de reacción; no pierde la confianza un solo instante, consciente de que para labrar la restauración nacional, es preciso contar en primer término con la consistencia de las propias fuerzas. Es, como sostiene un historiador de los tiempos modernos, el espécimen del verdadero general, que a su preparación científica, serenidad, intrepidez, habilidad táctica, reúne además la virtud de sentirse todos los minutos responsables de la suerte del Estado, seguro de sí mismo, en la victoria como en la derrota, sin dejarse agobiar jamás por el peso de tamaña carga. Fuerza reconstructiva de la nacionalidad, el Hombre del 80 es la reserva augural que el azar nos dejó para afrontar el futuro.

Más significativo que la batalla del Campero de la Alianza, deber ser para los bolivianos la organización del segundo ejército que no llegó a combatir en la Campaña del Pacífico.

Elegido Presidente Constitucional de la República, en el primer instante de lucidez colectiva que demuestra la conciencia nacional, Campero reúne las tropas dispersas esforzándose

por mantener la disciplina; levanta la moral deprimida de sus falanges, confiando en que, como sostiene todos los tratadistas, antiguos y modernos, el hombre es la materia prima de la guerra y con la certeza de que — lo dirá más tarde en un documento público — como en la guerra emancipadora altoperuwana, en España contra Bonaparte o en Juárez contra Maximiliano, una resistencia tenaz y bien dirigida conduce también a la victoria.

Si todos hubieran cumplido su deber como Campero cumplió el suyo, otros habría sido el fin de nuestra tercera guerra internacional. ¿Quién ha dado un ejemplo más abnegado que ese viejo General, desafiando a los 69 años el clima implacable del altiplano orureño, instruyendo personalmente a las tropas, dirigiendo las maniobras, robando horas al sueño, trabajando infatigablemente en lo físico y en lo moral?

A esos desvelos, a la formación de ese segundo ejército, obras del animoso militar, se debió que el invasor no ocupase las ciudades bolivianas y respetase nuestra soberanía conformándose con el Pacto de Tregua de 1884. Por eso pudo decir, al resignar el mando: "Mi gobierno no ha hecho la paz ni la guerra; pero ha salvado la dignidad nacional." O aquella otra frase que resume todo su ardor cívico y que es un abierto reproche a todos los grupos y personas que no supieron cumplir su deber cívico de posguerra: "La defensa nacional no es cuestión de partido; es un deber común, el primero de los deberes para todo ciudadano."

Primer Magistrado del país, su política internacional es tan recta como sus actos privados. Declara al Congreso que abandonar al aliado para entrar en tratos directos con el enemigo común, "habría sido un crimen enorme que precipitaría a Bolivia en el abismo del deshonor ante propios y extraños." Siempre es más noble inclinarse al amigo en desgracia que doblar las rodillas ante el conquistador triunfante. Rechaza todo entendimiento que dañe los derechos del Perú.

Más tarde, cuanto más se profundice en el criterio casuista de nuestros disquisidores publicistas, se hará más y más palmario el ideal cívico de Campero, para quien era premioso crear una tradición de sinceridad y de pureza en las relaciones internacionales. Intangible fue su fe en la justicia mundial; de ahí sus esfuerzos para que una mediación norteamericana o el Congreso del Panamá resolvieran el pleito del Pacífico. Si los hechos no le dieron razón, en nada desmedra la pureza de sus honradas convicciones, tan necesarias para la vida de los pueblos, que hoy sucumben por perfidia o ceguera de sus gobernantes.

Veamos ahora cómo en la cima de su vida, el hombre responde con viva fidelidad a su naturaleza moral.

El Gobierno Campero está justamente reflejado en estas frases que el mandatario pronunció en su Mensaje al Congreso de 1884: "Honorables Senadores y Diputados: ¿queréis que el pueblo sea verdaderamente libre? Pues bien: enseñadle a ser justo con nuestro ejemplo." Así, en la propecta madurez, se cumple austeramente el noble idealismo de la ardiente juventud.

Espíritu superior que no vacila en sacrificar su conveniencia personal y sus ambiciones, en aras del bienestar colectivo, mantiene un respecto inalterable por la libertad del individuo, que resalta fuertemente en el cuadro de descomposición política y social donde transcurre su vida.

Por su extremo amor a la libertad, por su inquebrantable lucidez mental que le hace amar la justicia y la verdad por encima de todo, será aviesamente juzgado por historiadores y gacetilleros de pacotilla, que incapaces de penetrar los íntimos móviles de la conducta humana, verán únicamente la apariencia candorosa de las cosas. Solo al estudiar detenida y amorosamente su vida; al analizar en el silencio de la meditación cómo germinaron sus actos, atisbando el insospechado caudal de energías con que supo encauzar su conciencia por la tormenta pavorosa de la política de su tiempo, se llega a comprender el auténtico valor del General Campero.

Carácter integérrimo, domina sus impulsos con acerada voluntad y al respetar los derechos del individuo eleva la dignidad de sus conciudadanos. Descuella entonces su mejor título: el patriota sustituyendo al cacique criollo; la ley moral sobre el torbellino iracundo de los instintos, que no requiere de la fuerza para gobernar. Por eso será también la excepción: un mandatario que no se preocupa de formar su propio partido, porque se apoya en la voluntad popular; un jefe de Estado que antes de resignar el mando concede la más absoluta libertad, sin importarle un ardite

como se constituyan los poderes públicos que habrán de sucederle, porque sus actos podrá juzgarlos cualquier ciudadano.

Dice el patricio en su postrer mensaje al Congreso: "A nadie le es lícito señalar una línea de demarcación entre el individuo y la sociedad, para limitar el imperio de la ley moral porque ella es general y absoluta; abarca dentro de su dominio al individualismo como a la entidad social." Por encima del guerrero, asoma en nuestro escenario histórico la conciencia vigilante del estadista republicano segura de que, cuanto más alta es la jerarquía del ciudadano, mayores son sus responsabilidades ante la historia.

Este descendiente de estirpe aragonesa, inflexible en el cumplimiento del deber, capaz de todos los sacrificios en el campo de batalla, domeñador de sus pasiones y amante insobornable de la justicia, acaba con la monotonía criolla e instituye el imperio de la ley. Consagra la soberanía permanente del individuo, la firmeza de las instituciones, la tolerancia del pensamiento y de los actos. Si se considera la suma de poderes con que lo investió el Congreso, es tonificante advertir la rectitud, la prudencia, la mesura con que los maneja, sin abusar jamás de ese exceso de fuerza.

Deja campejar libremente a la prensa opositora a pesar de sus virasas, prohibiendo que las prefecturas clausuren imprentas. Afirma que esa oposición "es la luz de los pueblos y de los gobiernos." En 1883, ante cierta sugestión que le hacen las Cámaras en materia diplomática, renuncia la Presidencia de la República recibiendo amplias satisfacciones, mas dejando el precedente de su integridad democrática, que respeta el criterio de los representantes del pueblo y juzga un deber eliminarse de la escena pública, para no acrecentar el desacuerdo entre los poderes y del Estado.

Mantiene el alto control de los asuntos administrativos, dejando a sus ministros en entera libertad para desenvolverse en sus gestiones ministeriales. Lejos del absorbente exclusivismo de los gobernantes sudamericanos, es un nuevo tipo de mandatario sagaz y comprensivo que distribuye la suma de responsabilidades y de obligaciones entre sus colaboradores, comprendiendo que el primer deber del que manda no es abrumarse de labores e intervenir en todo con la presión del oligarca, sino enseñar con el ejemplo del desprendimiento, es decir sacrificando el lucimiento personal a la conveniencia colectiva.

Cree en la necesidad de establecer una "línea de tradiciones", rompiendo ese sistema incoherente de los gobiernos providenciales, que arrasando con lo hecho pretenden transformarlo todo al advenir al poder. Por eso dirá en otro documento público, que desconfiando de sus propias fuerzas supo inspirarse en el recuerdo de las grandes figuras del pasado, deseoso de reanudar la marcha del presente con las experiencias pretéritas. En este reconocimiento a la importancia de la unidad de la obra humana, es una tácita demostración del sentimiento de solidaridad social que regía sus actos.

Sostiene un pleito privado por cuantiosos intereses. Apenas sube al poder, suspende la acción del juicio por todo el tiempo de su mandato presidencial, celos de su prestigio y a fin de que no se pueda tachar la probidad de los jueces. Poco antes de abandonar la Presidencia recibe una oferta transaccional que en realidad solo pretende asegurar la neutralidad eleccionaria del Gobierno, puesto que el otro litigante aspira a la primera magistratura.

Campero rechaza indignado la proposición ofensiva para su probidad de gobernante. Es la nobleza viril del romano renunciando al mando por el culto supremo del deber. En este bullado pleito, sufre la más acerba decepción su fe en la justicia de las instituciones y en la honradez de los hombres. Su adversario, a quien en elecciones libres le entrega el mando, en cuanto sube al poder agota todos los medios e influencias que su alta representación le depara, buscando definir el litigio en su favor.

Aquí se prueba, otra vez, la entereza del hombre. Dos años después, viejo, solo, sin amigos, pobre, abandonado a sus escasas fuerzas, el patricio afronta al omnipotente mandatario del país y lo emplaza a comparecer ante los tribunales de justicia. Aunque el litigio no se resolverá mientras viva, en la resonante cuestión judicial hace resplandecer nuevamente la majestad de su energía moral: afirmado en el poder, respeta la debilidad del adversario; cuanto éste manda, lucha resueltamente por sus derechos desde el llano. Con la amarga experiencia, brotarán de sus labios las proféticas palabras: "Si bien el sentimiento de lo bello y lo generoso nos arrebatara fácilmente a

los bolivianos, el sentimiento de lo justo, que consiste en dar a cada cual lo suyo, no tiene asiento en nuestras costumbres ni en nuestra educación."

Su política gubernativa, cimentada en el respeto y cumplimiento de las leyes, en el fomento de las industrias nacionales a las que defendió de la prepotencia extranjera, es invariablemente urgida, al propio tiempo, por la movilización y reorganización del ejército cuya disciplina y preparación técnica acomete personalmente. Planea varias expediciones a puntos extremos del territorio nacional. Duplica su celo en resguardar las fronteras. Busca el entendimiento internacional con las naciones circunvecinas. Sostiene los embates opositores y contiene el derrotismo pacifista en una hora en que el desaliento y las vacilaciones, pudieron significar la liquidación de la república.

Esa madeja intrincada de intereses grandes y pequeños donde el egoísmo, la politiquería y la debilidad pugnan por igual, se suma a la escasez de recursos, a la falta de tranquilidad para realizar una acción propia en bien del remozamiento del país. Pero luchando contra el conformismo agobiador de los timoratos, venciendo los obstáculos, el hombre deja la suprema enseñanza cívica del carácter: el sentimiento de la responsabilidad frente al destino.

El militar que gobierna no con la espada sino con la ley, aplicando su admirable disciplina interna al caos exterior; el hombre que desde lo más altos sitios enseña con el ejemplo personal; el viejo patricio que consolida la nacionalidad respetando sus instituciones, es mucho más grande — y más profundo— de cuanto reconocieron doctores académicos y pseudo historiadores.

Pasado el vértigo de los años, la verdad, con la segura perspectiva del tiempo, gradúa el lente de las distancias hasta ubicar en su foco visual exacto los fenómenos.

Ahora podemos comprender mejor al intrépido espíritu que afrontó serenamente las fuerzas negativas de su tiempo, sin otro yelmo que su innata convicción del deber. Y si la penetración del observador imparcial, alcanza a sorprender las misteriosas leyes que norman el desenvolvimiento del hombre moral frente a la dura oposición del mundo activo, rasgando la malla de las exteriores apariencias, para conducir la luz allí donde se vislumbraba solamente una confusa penumbra, aparece en el conductor del Campo de la Alianza el griego, el poseedor del "daimon" helénico, aquella grandiosa libertad interior del alma a la cual se sacrifica todos los honores y riquezas materiales.

Fuérale justa compañía la de Tucídides, anciano proscrito de Atenas acudiendo a sus postreras energías, para defender la caída grandeza de su pueblo vencido por la suerte. O la de aquel Régulo que deifica el honor de los romanos, eligiendo el tormento por la patria. Y esa otra del viejo Cicerón, irguiendo su lealtad a la república en lucha viril contra los déspotas.

Alguna vez en que departiendo con un brillante hombre de estado advierte su falsa posición, dice lacónicamente: "¡Qué pobre cosa es el talento, y aun el genio mismo, cuando se empeña en sostener, contra sus íntimas convicciones, una causa evidentemente mala, injusta."

Y no trepidará en censurar sus propios actos, en sus memorias, porque la verdad del relato es superior, en su ánimo, a cualquiera otra consideración.

Cuando llega la hora de resignar el mando que el pueblo le confió, Campero da el hermoso ejemplo cívico — único en nuestra historia— de ofrecer a la nación elecciones absolutamente democráticas y libres, por la neutralidad del Gobierno, pero que desgraciadamente empañan la inconsciencia y la ciega ambición de los candidatos fomentando la venta del voto popular. Es tan grande la justa indignación del viejo militar al ver cuán mezquinamente se corresponde a su noble actitud, que en arranque patriótico se siente tentado a provocar un golpe revolucionario a fin de anular el acto electoral, convocando después a nuevas elecciones, que no estén tachadas de impureza. Pero una vez más la ley vence a la espada; y prefiere acallar su legítima protesta, sacrificándose por el futuro institucional de la república que habría tenido un nefasto precedente a qué acudir en situaciones semejantes. Para enseñanza de sus conciudadanos, Campero narra con la sencillez que le es habitual este caso de conciencia en pleno Congreso, dejando pasmada a la nación con este lenguaje de verdad inacostumbrado en el ambiente.



En su Mensaje a la legislatura de 1884, documento que puede considerarse su Testamento Moral, prosigue dando lúcidas manifestaciones de su grandeza cívica. Se diría que Aristóteles el Justo habla por boca de nuestro insigne patricio: "Profeso sinceramente la doctrina de que la ley moral que rige las acciones del individuo, rige también las de toda agrupación humana, llámase familia, comunidad religiosa, sociedad industrial o de comercio, compañía colectiva o Estado. Lo que es justo, verdadero, bueno y honrado para el individuo, considero que lo es igualmente para la colectividad; lo que es injusto, falso, malo y deshonesto para una persona, lo reputo asimismo para una nación."

Y concluye con estas severas frases donde se condensa toda su sabiduría de hombre público: "Lo único de que debe cuidar un hombre de Estado es que sus actos estén ajustados a la ley y a la razón." Así en párrafos sobrios, en estilo llano pero elevado, Campero se dirige por última vez a la nación, no capacitada aún para entender el sentido ético de es lenguaje universal de la virtud.

En el declinar de su vida pública, prosigue ocupándose de los problemas internacionales del país, impugnando el proyectado Pacto de 1895. A los 82 años, reafirma su fe en la reacción nacional, impugna violentamente todo acuerdo a espaldas de la opinión colectiva y sigue creyendo en la superioridad de la honradez, para definir los asuntos de la comunidad o personales.

Sus compatriotas serán parcos en el elogio. Vendrá más bien de fuera el reconocimiento de sus virtudes. La prensa peruana, formulando votos para que los actos del General Campero inspiren a los que le sucedan en la silla presidencial; y la chilena, sosteniendo hidalgamente que al viejo patricio se debía nuestro renacimiento, porque era el verdadero fundador de la república, por su respeto a la ley, su obediencia a la voluntad de los pueblos y la honestidad que mediante su ejemplo introdujo en la conducta pública, acabando con la dictadura de las bayonetas para abrir paso al imperio de la justicia, "reguladora de las relaciones humana" según juicio del prócer.

Acaba sus años pobre, venerado por el pueblo, olvidado por los poderosos y los señores feudales de la política interna. Su ancianidad austera es tan ejemplar como su severa juventud. Soporta los contrastes finales de la suerte, con esa suprema dignidad que suele dar el conocimiento exacto de la condición humana y la posesión de un íntimo estoicismo. El hombre altruista, generoso en desear el mejoramiento de los demás, sabe que su valor está en sí mismo. Por eso Campero es igualmente íntegro en la fortuna o en la adversidad; en el vigor de la plenitud vital, o en el lento descenso de las energías físicas.

El hombre de adentro, es decir el que no sospechan siquiera los comentaristas, todavía tiene medios para atestiguar su valía. Si quienes juzgaron su tiempo se hubiesen aproximado con mejor voluntad de conocer, ajustando sus investigaciones a una metódica y rigurosa observación, acudiendo a las fuentes directas donde se nutrió y se expandió la vida de Narciso Campero, abandonado el endeble y pueril sistema de la historia a base de la versión pública o del chisme callejero, habrían sido menos infortunados en el análisis de su personalidad.

¡Cuánto se habría ganado por ejemplo para comprenderlo, analizando su vida familiar.

Acerquemos algo de esa realidad que, maliciosamente, alejaron la injusticia y la ceguera de los hombres.

Normal la estatura. Airoso el porte. Magro y nervioso el cuerpo. Sobre la capita sencilla del militar, se alza con noble dignidad la testa patricia. Los ojos negros, claros en el mirar, penetran con vivacidad el mundo. Se corta el fino perfil de la nariz sobre el ángulo de los espesos mostachos, por donde asoma apenas la mancha delgada del labio inferior. Y una frente alta, como cúpula armoniosa, remata el rostro varonil donde todos los rasgos encajan con agradable precisión. He aquí el carácter y la altivez; la rectitud y la bondad, la abnegación y el desinterés.

La voz sonora acostumbrada a mandar ejércitos, se atenúa en la conversación. Los modales de exquisita finura. Esta imposición por el amor y la sociabilidad, se esculpe nítidamente en las palabras de una contemporánea suya, vivaz por el acierto de sus juicios: "El General habla

siempre con afabilidad y da la impresión de que uno vale más de lo que cree ser; si otros humillan con su presencia, él más bien levanta con la suya."

A este raro don de máxima simpatía humana, de fácil invitación a la confianza, Campero añade el relieve afectuoso de la probidad. Y no será raro ver invocadas sus Memorias, muchas veces, como testimonio inapelable para juzgar hechos históricos.

Vehemente en el ejercicio del bien, se inclina a ver florecer la virtud en los demás. Lo justificará en sus escritos sosteniendo que quienes tienen la conciencia pura, se hallan predispuestos a ser indulgentes con los demás y a disculpar sus actos, viéndolos siempre por el lado menos desfavorable. Se le tacha de ingenuo— como se reprobaba a Burns y a Jhonson— por la sinceridad con que lucha contra el artificio y la entereza con que busca la verdad; acaso también por la sencillez que pone al narrar sus experiencias, siempre con ese fin didáctico que jamás le abandonó. El anciano, entre dos sonrisas, ante la malevolencia ajena, recuerda en tanto la sentencia leopardiana: "La tendencia a hablar de sí mismo, es indicio de bondad, de naturaleza sencilla y confiada." Pero, se comprende, en el sentido que la tenía Campero: hablar de sí mismo nunca para elogiarse, sino con aquella cautivadora sencillez que quiere extraer una enseñanza de cada hecho.

En el retiro de la vida privada, educa a sus hijos física, moral e intelectualmente. Se ocupa de editar un Tratado de Aritmética que ha compuesto con métodos de su invención en los rudimentos de esa ciencia. Estudia los tratados internacionales del país. Inicia trabajos de agricultura, obras manuales y da expansión al sentimiento panteísta del cosmos que bulle en su espíritu. Aquí está en su finca del Salvador, dando vida pacientemente a pequeños jardines; abriendo vías para el hilo de agua; labrando bastones de las maderas de los árboles.

Campero siente esa simpatía suma que liga al hombre años y de largas observaciones, se acerca radiante de fe a la naturaleza. Sus instantes de dicha más serena, los halla en el secreto de la rosa que abre sus pétalos matinales; en la honda sabiduría del grano de arena endurecido por el tiempo; en la misteriosa sinfonía de la noche estrellada. Desinteresado de toda ambición literaria, solo en pocos papeles privados o en ciertas modalidades de su actividad particular, trasciende ese vivo sentimiento del que jamás hizo alarde y no obstante tan decisivo en la formación de su conciencia moral, como en el desarrollo de su gusto estético. Lleva inscrito en su alma un poeta que el destino en vez de permitirle expresarse, lo embosca en lo recóndito del ser, como una vivencia secreta que escapará a la indagación de todos, a menos que se tenga un conocimiento perfecto de su personalidad.

Ama a los niños y a los animales con ternura infantil. Pervive el recuerdo de su hermoso alazán. Indómito a la mano intrusa, mando y obediente a la de su glorioso amo — que lo acompañó en la épica jornada del 26 de mayo de 1880. Tampoco se han esfumado de la memoria popular—leal espejo de la historia— aquellos imponentes cóndores que al reorganizar el ejército en las frías pampas de Oruro, acompañaban a la tropa en sus maniobras, y evolucionaban majestuosamente en el aire, como signos de la voluntad humana que se cierne sobre las miserias de la tierra.

El anciano que ha cultivado esmeradamente su vida interior, recrea su agerasia con una modesta pinacoteca adquirida en Europa a base de economía y sacrificios, algunos de cuyos ejemplares quedan todavía para atestiguar su refinamiento espiritual.

En el sosiego del crepúsculo, cuando la sombra azul de la tarde anuncia la invasión oscura de la noche cercana, Camero habla con su inteligente compañera. Le son familiares los dogmas religiosos, los principales sistemas filosóficos, las grandes epopeyas del esfuerzo humano. Estos vellos coloquios solo viven en el recuerdo de sus hijos, tiernas criaturas que jamás olvidarán el encantamiento de las horas plácidamente transcurridas al influjo de las voces paternas, que hacían pura atmósfera y llenaban de gozosas claridades sus almas infantiles.

En su gloria ancianidad, Campero puede pasar sobre el puente de su admirable arquitectura vital, por encima de la sentencia délfica, que en la edad inmadura le recordó que cada cual debe aprender a organizar el caos que lleva en su interior, ateniéndose a sus reales necesidades, es decir volviendo al centro de sí mismo.

Un escritor satírico afirma que en el Hombre del 80 no se cumple la ley de la gravitación. Efectivamente: cuantas veces cae, se levanta para subir más alto. Sus caídas, que son muchas, lo ascienden siempre a situaciones superiores, porque la conciencia de sus contemporáneos es vencida finalmente por su grandeza moral. Esta ley, que es inalterable en su vida, lo lleva en repetidas ocasiones del patíbulo a la dirección de una comunidad; y lo conduce finalmente, de la derrota en el campo de batalla, a la presidencia de la república.

La predicción su cumple con inexorable acierto. De la deliberada y maliciosa oscuridad en que lo sumieron la política de su tiempo y los petulantes historiadores de su patria, creyendo haberlo hundido definitivamente en esa caída fatal que los hombres preparan a los hombres, cuando el mérito ajeno obstruye su propia senda, Campero vuelve a erguirse más alto que nunca, por un secreto designio que rompe el término del sepulcro, para cernirse en el cielo boliviano como símbolo del más puro patriotismo.

Campero o el deber. Fulge la ley moral en el cielo estrellado de Kant. Hoy como ayer el precursor abre la ruta del futuro, con esa mano que venció al destino y nos dio acceso al mundo resonante de la conciencia nacional.

### LA TEMPESTAD PETRIFICADA

"La naturaleza es el gran  
espejo mágico, donde toda la  
creación se refleja clara y pura."

NOVALIS

La naturaleza, artista superno, anima el infinito movimiento de las formas. En todos los caminos arde su sentido constructor. Bajo la superficie de los elementos constituídos, late invariablemente el "phatos" dramático de los fenómenos.

Contemplarla es sencillo; laborioso comprenderla. Entre ambas actitudes media la necesaria distancia que rige las leyes de la visión exterior y la visión intelectual.

En la estética del paisaje hay un misterio recóndito, una íntima estructura que da el tono de la ciudad; pero como el paisaje se da fácilmente en extensión y difícilmente en profundidad, es frecuente que el espectador se detenga sobre el límite de las líneas sin alcanzar su sentido.

Todas las ciudades se asemejan en sus elementos formativos: tierra, mar, aire, cielos, montañas, planicie, colinas, ríos e innumerables manifestaciones telúricas. Mas en cada caso, elementos esenciales y accidentes secundarios se combinan en distinta manera, asumen diferentes proporciones, creando así el carácter particular de cada cual.

Ciudades, como los niños, que se dan solo al influjo del amoroso requerimiento.

Al cruzar Paul Moran los senderos del mundo, ebrio de novedad y de exotismo, atento el oído no al mensaje de las cosas, sino a una suerte de narcisismo literario que se recrea en el contorno para entretener y halagar la imaginación, las ciudades se ocultan hurañamente detrás del humo de sus fábricas o bajo el tapiz telúrico de sus campos.

Así se explica que de su fugaz y habitual correría por el planeta, solo nos dé algunas frases pueriles sobre Tokio, demostrando una vez más que su percepción se reduce al campo visual del estudiante de anatomía, a quien solo interesa el estudio del esqueleto humano. Se diría de este peregrino movido por el vértigo diabólico de la época, que no ha conocido jamás la tibia piel rosada del paisaje; ni ha palpado la carnación florida de las ciudades del mundo; ni ha sorprendido— por ejemplo— el misterioso encantamiento de la sagrada Benarés, los reflejos

dorados de Florencia, o aquella suave sonrisa con que Río de Janeiro asoma sobre la boca dura del Atlántico impetuoso.

Cuando el hombre aprende a caminar entre el universo multiforme de materiales y relaciones que le ofrece el paisaje; si detrás del afán de observar hay una voluntad de comprender; y todavía más en lo hondo nace el deseo de expresar el juego alado de los sentimientos, el mundo del contorno se abre generosamente a la incitación del romero apanado que lo invade.

Será Loti con sus mágicas visiones de Stambul, del Cairo y de Luxor. Lafcadio Hearn y el delicado paisaje de las ciudades niponas. Gómez Carrillo en la diáfana evocación de Atenas, de Damasco y de Nikkó. Nicolás Röerich o el Asia ignota y milenaria. Ruskin en Venecia. Schuré en Jerusalén. Los Tharaud en Arabia. En todos ellos, el hombre sensible llega a una máxima capacidad de conocimiento en el contacto con el panorama visible; y sus reminiscencias persuaden al lector, porque en vez de simples versiones del cosmorama inanimado, sus libros son remansos serenísimos donde se copian las profundas sugerencias del paisaje, en los cuales basta soplar levemente para poner en movimiento las figuras e infundirlas un hálito de vida.

Ciudades y paisajes son lo que el hombre quiere que sean. Es esta íntima correspondencia del espíritu vigilante con la materia dormida en apariencia, reside el secreto encanto de las cosas.

A tres mil seiscientos metros sobre el mar, ceñida por un circo de montañas y recostada en la inmensa cavidad de la sierra andina, La Paz brota ante el estupor de los ojos viajeros que la ven surgir en el trágico escenarios de la altiplanicie, bajo la ceja rota del monte pavoroso, mientras la convulsión colérica del paisaje abre el encantamiento de sus perspectivas en el vitral azul del firmamento.

Viajeros célebres dijeron algunas frases ingeniosas sobre La Paz, ciudad exótica, de extraña conformación topográfica, que tuvo para ellos el atractivo de romper la planimetría de las poblaciones costaneras o el cansado ritmo de las metrópolis mundiales, que solo cifran en progresos urbanos la estética citadina.

Es posible que les recordara ciertas aldeas del Tirol, enclavadas en el fondo del valle acogedor; o que hubiesen encontrado cierta analogía con algunos parajes asimétricos del Tibet; o bien que hubiese herido sinceramente su emotividad de cazadores de paisajes. Lo evidente es que de ellos, como de la generalidad de huéspedes que la visitan, La Paz solo ha obtenido ese vago prestigio de comarca singular, que atrae al turista como espectáculo para modificar la rutina cotidiana.

Con criterio que oscila entre lo pueril y lo divertido, los viajeros de nuestro tiempo, que se van antes de haber concluído de llegar, solo captan las categorías de novedad del país que visitan, en una curiosa estética de juguetería que consiste en referir lo entretenido, lo ameno y lo exótico de una región, sin otro afán que proporcionar instantes de solaz a los compradores de sus libros.

A las ciudades hay que saber mirarlas. Debiera entrarse a ellas por todos sus costados y por uno mismo sitio en distintas horas, como sugería ese viajero empedernido que es César Vallejo; buscando su fisonomía en la combinación del tiempo con los fenómenos físicos. Solo así se habría de obtener un conocimiento aproximado de sus posibilidades naturales. Recelosa y huraña, la ciudad rechaza al intruso sediento de exotismo, al snob del paisaje, atento únicamente a la fruslería del hallazgo.

La personalidad de las ciudades, esa presencia inasible que se intuye sin definir, busca diferentes categorías para expresarse. Tan pronto reside en la fermentación orgánica de los núcleos fabriles, de los estuarios comerciales, de las gigantesca y aglutinantes edificaciones, de las arterias cosmopolitas, como se manifiesta con igual esplendor en el escenario de las fuerzas naturales: montaña, mar, llanura o serranía.

La nuestra hay que buscarla en la interpretación estética del paisaje. Frenética sugerencia de la sierra trabada por las líneas y las formas, sustentada por el raro equilibrio de los planos y de los contrastes, que es más que el mar movable o la infinita pampa.

Un hombre avanza por los senderos endurecidos del altiplano. La superficie de las altas mesetas se alarga indefinidamente en el espacio. Sobre la línea distante de los confines se alza el perfil sinuoso de los cerros. Altas cimas nevadas. Soberbias cúspides rocosas. Y al fondo del paisaje, como un Dios imponente de fuerza y de belleza, fulgura el Illimani.

¡Qué extraña es esta tierra! Distancias interminables y sin embargo todo parece próximo. Se diría que se funden las perspectivas y se acercan los contornos de las cosas. El aire tiene lúcidas transparencias, la línea es diáfana, desnudos los perfiles. Viene la lejanía presurosa hacia los ojos. La composición pictórica del panorama tiene la limpidez de un paisaje, del Perugino. Es el detalle quien lo anima; el conjunto permanece inabarcable.

Estallan los colores en permanentes radiaciones. Aquí la vida es un grito apasionado que resuena en la forma, en el color, en el matiz, en los senos ilimitados del aire. No hay rincones difusos ni cuerpos hundidos en la sombra. Todo "es"; todo habla con ese lenguaje decisivo y exacto que las fuerzas naturales tienen para fijar su esplendor, No hay palabras, colores ni sonidos para expresar el mundo maravilloso del cosmos andino. Siempre será necedad insigne que el hombre, hijo de la naturaleza, pretenda superarla.

El caminante sigue su marcha en continuado sombro. Bajo el cielo infinito que decoran las nubes tumultuosas, junto a la impasible compañía de los cerros nevados que lentamente giran sus torsos de mármol, avanza por la desolación del yermo altiplánico, mientras el viento cimbra sus látigos agudos en el pajonal.

De pronto una vasta agitación parece conmover las cimas que tiene ante sus ojos. Ya no son solo cúspides las que contempla; el fondo de la cordillera se aproxima a la visión, que comienza a descender desde los vértices erguidos para trabar conocimiento con las masas inferiores de las montañas. Y luego, bruscamente, antes que la magnífica sorpresa de la ciudad hundida en el fondo de la sierra, la tremenda sensación del vacío que se abre sobre el filo de la roca. La presencia repentina del espacio que cierra el cosmos altiplánico y descubre las zonas prometeicas de la hoya paceña.

Pasarán muchas horas, semanas, largos meses de silenciosa observación para que el hombre sienta la emoción sagrada y primitiva de la sierra paceña, donde parece resonar el acento iracundo de las grandes frases bíblicas que fraguaron el génesis.

Observando la potencia extraordinaria del panorama, se admite el antropomorfismo del aborígen, antiguo adorador de la montaña, que antes de alzar su religión al sol, rindió secreto homenaje de sumisión a la fuerza imponderable de las grandes masas cordilleranas, en cuyas líneas desmesuradas creía ver la manifestación de lo divino. Así en la mitología apenas presentida del paisaje "Cunti", la montaña encarnó la primera divinidad en la adoración ascendente de las fuerzas naturales.

Hollará muchas veces el viajero las sienas de los cerros. Recibirá las hondas sugerencias del medio andino. Acercará su espíritu a la naturaleza en decidido afán de comprender.

Alguna vez, al extasiarse en la inmóvil contemplación de este paisaje desgarrado, multiforme, cuyo dramatismo en potencia educa enérgicamente la voluntad creadora, pensará que en la sierra paceña habría hallado Wagner el fondo natural para los dioses que engendró su música de la grandeza incomprensible y la ambición desesperada; y que otro germano, Nietzsche, habría apaciguado su soledad inconmovible en el aire puro de nuestros montes, aire de las alturas nobles y tonificantes, que el progenitor del Zarathustra requería para vigorizar el cuerpo, serenar el alma y depurar la terrible atmósfera de sus demoledoras concepciones críticas.

Cuando la frecuentación haya precipitado el fácil discernimiento y la voluntad de comprender rompa los límites de la apariencia; cuando el velo de Maya esté a punto de rasgarse por la tensión del esfuerzo, el hombre encontrará la verdad del paisaje con la segura intuición de su fe.

¿Por qué este laberinto de formas telúricas que se yergue en ímpetus triunfales?

Si Dios afirmó la vida en la ley del contraste, he aquí su demostración. Cada línea tiene un sentido. Cada forma aprisiona una energía. El mundo de las relaciones, que amaba Novalis, rige este paisaje ceñido por un circo de montañas. Todo lo que asciende es un mensaje. Todo persuade a la creación. La magia de la inventiva estética reposa en la tremenda plasticidad de este extraño desorden, donde las fuerzas naturales insurgen con la violenta belleza de lo imprevisto. Lo imprevisto, es decir el sentido último de la singular comarca andina, cuyo espíritu aflora siempre en enérgicos trazos visibles para insinuar la invisible voluntad que le dio forma y estructura

Mas nada de ello basta. Hay algo que el romero apasionado siente en torno a sí furtivamente. Algo que vive en la atmósfera; en el espacio sin linde que acrecen los senos de la tierra cóncava y distinta; en las tortuosidades de la roca; en los agudos vértices de las agujas telúricas; en las crispadas cimas; en los huracanes que duermen en los flancos de los cerros; en las airadas cumbres que hieren a los cielos con agresiva voluntad.

¿Cuál es el misterio cósmico en esta poderosa e irregular arquitectura? ¿Por qué esta dramática presencia de algo que se intuye sin ver?

Un día en que el solitario visitante encaramado en la ceja trota de la montaña contemple el delirio de las formas, a la hora en que el sol disputa con la sombra el dominio de los cuerpos; cuando madure el presentimiento confuso de las contemplaciones que ya fueron y mientras el pasmo del grito se hunda en el fondo del ser, saltará elásticamente la revelación.

—¿Quién eres tú, tremendo poderío de las formas?

—¿Quién eres tú, sagrada voluntad erguida de la tierra?

—¿Quién eres tú, fuerza, maravillosa que anima el encendido ardor de este paisaje?

Entonces cundirá un vasto júbilo por la sangra tumultuosa de la montaña, apaciguando sus cóleras reconcentradas; será la luz más viva en los duros perfiles de la roca; y desde el hondor de la tierra conmovida se elevará la voz de Wirakocha, padre legendario del Ande.

—Caminante: duerme aquí un prolongado sueño la fuerza inenarrable de las potencias naturales. Contemplas una tempestad petrificada. Por eso te asedia la dramática cercanía de su fuego creador y el impulso retenido acecha desde la esencia íntima del paisaje. Dinámica prodigiosa de la tierra, que la naturaleza detuvo en la hora fulminante del proceso creador, La Paz es una tempestad petrificada, erguida sobre un haz de convulsiones secretas, donde resuena el soberbio clamor de los contrastes. Jamás supo el hombre cuando se detuvo este mundo inanimado de energías. Nunca sabrá el instante en que reanude su movimiento inexorable. La fuerza detenida de hoy anuncia la segura irrupción futura. Pero activa o extática, el alma del Ande es esa potencia dominante que repercute desde siempre en la estupefacta inteligencia humana, porque la anima el doble viento pánico de Apolo y de Dionisos, forma y fuerza que exaltan los delirante juegos de la vida.

Callará Wirakocha, padre legendario del Ande, y la revelación invadirá el espíritu con esa furtiva bondad final con que la naturaleza se aproxima al hombre, cuando quiere identificarse con la tierra, cuna y sepultura del ser.

## JAIMES FREYRE O LA PERSONALIDAD

"De aquel que forma su  
persona, será la vida verdadera."

LAÓTSÉ

Stefan Zweig habría buscado para su vasta tipología del espíritu, donde se alean las fuerzas encontradas de la personalidad, esta figura singular del Ricardo Jaimes Freyre, gran señor de las letras americanas; y la habría buscado, porque en el desaparecido autor de "Castalia Bárbara" confluyen aquellas cualidades eminentes que, como en un poderoso bajorrelieve, destacan al hombre sobre la masa oscura de las multitudes.

Su misticismo poético, la tortura metafísica de la duda que asoma en muchos de sus versos, su religiosidad, el ansia insatisfecha que se vuelve hacia adentro, podrían explicar la razón íntima de su arte.

El hombre, entretanto, está íntegramente contenido en las realizaciones de la vida activa, en el desenvolverse social, en la superación de los módulos vitales que rompe la eutrapelia de la conducta humana. Por esto no es aventurado decir que el Renacimiento pudo ser el fondo natural que le correspondía.

Fatigado el mundo por la energía contenida de la Edad Media, que consideraba la existencia terrena como un simple medio de prueba de irremisible transitoriedad, para alcanzar el místico renacer eterno después de la muerte, el Renacimiento sobrevino como la conquista inmediata del acontecer temporal; conciencia de la plenitud en la acción y el sentir, por la cual el hombre absorbía todas las fuerzas del cosmos ebrio de una permanente saturación.

Por esa tensión desmedida de la voluntad se acrecentó el horizonte vital, supervalorando todas las posibilidades de la naturaleza humana. Y hubo de llegar tan lejos el desarrollo concienzudo del renacentista, que desdeñado el culto religioso y la mediación simbólica por la fe, buscaba la unión directa de la persona con la divinidad, porque solo reconocía suprema autoridad en sí mismo.

Así se explica que el virtuosismo campeara en esa atmósfera saturada por el reconocimiento de la habilidad personal; y que el "Cortesano" de Castiglione fuera el ideal ético de su época, para el mundano ansioso de imponer el tipo del diletante superior que aspira a la universalidad, junto al atractivo irresistible del gran señor que se conduce y se expresa con insita elegancia.

Precursor de la crítica moderna, el humanismo del Renacimiento enseñó a distinguir lo verdadero de lo falso y lo general de lo particular, aclarando la historia en el juicio humano como lo hicieron con penetrante esfuerzo y rigurosas disciplinas lógicas el Petrarca, Lorenzo Valla, Policiano, Flavio Bondo y Cusano. Este tipo del humanista italiano del Milquinientos, se expresaba con igual corrección en el estilo epistolar como en la conversación mediante el uso de un lenguaje elevado, artístico en la forma y vasto en la modulación de los giros, que revestía de innata dignidad su conducta en la convivencia social, al extremo de que, con asentimiento de todos, llegóse a establecer fundamentales diferencias entre gentes cultas e incultas.

En tal retorno a la vitalidad los hombres, rebosante de euforia, tallaban cada día la soberbia escultura del individuo, compartiendo en el tiempo aptitudes, agotando el caudal de las humanas experiencias, enriqueciéndose por la tentativa y llevando el ejercicio del ser a los más extremos contrastes.

Constante de energía, floración vital plena en potencias, dio al mundo totalidades excelsas cuyo magisterio pervive sobre las zonas abisales de la historia: Lorenzo el Magnífico, Miguel Ángel, Benvenuto Cellini, el Papa Julio II, Pico de la Mirándola, que rompiendo los estrechos marcos de la profesión, fueron el exaltamiento de la personalidad; ingenio en vez de limitación; voluntad

insatisfecha que triunfa sobre el conformismo agobiador; el hombre, en fin, vuelto hacia sí mismo para domeñar el mundo. Y sobrepasando la estatura ya desmedida de sus contemporáneos, el genio de Leonardo, que es el genio del Renacimiento, abarcando todas las ciencias, invadiendo todas las artes, preparando en suma la gran levadura para que dos siglos más tarde, la vieja cultura occidental concentre, en Goethe, su máxima capacidad de asimilación.

Distante del genio renacentista, lejos del fastuoso escenario donde se movieron sus radiantes expresiones individuales, agotado por el exceso de libertad mal entendida y peor practicada que lo conduce a la decadencia, el hombre del siglo XX, reducido en todas sus vivencias por el vértigo materialista y las huracanadas muchedumbres que pretenden humillarlo para imponer su ley de la destructora igualdad, solo puede actuar en función de reminiscencia trascendente, a la manera de Cuninghame Graham, nuevo Quijote de la vieja Europa, cuyas virtudes inactuales hacen de su figura y de su obra una valencia representativa antes que una viviente realidad.

¿Cómo no hablar de valores tan significativos que sobre las fauces de la sima ponen el fugaz resplandor de su rebelión?

Despojados del prestigio pretérito, oscurecido el fondo de los antiguos horizontes, estos últimos sobrevivientes en el ancho naufragio del espíritu, se afirman con ejemplar estoicismo sobre su inmediata y trágica verdad, afrontando el peligro de las grandes masas monótonas que se alzan contra las leyes de la naturaleza.

Ricardo Jaimes Freyre, poeta y pensador, está a merced del análisis crítico que podrá construir todas las teorías imaginarias en torno a su profusa labor intelectual. Pero el hombre, en la plenitud del ejercicio vital, está en la oratoria, en la política, en el parlamento, en la diplomacia, en la historia, en la enseñanza, en la sociedad; es decir en todas las manifestaciones activas de su polirrítmica existencia, a través de las cuales jamás dejó de ser una voluntad.

Doble sabiduría, su ambición lo induce a vencer esa aparente antinomia que constituyen el instinto vital y el instinto de conocimiento; y es por este alto esfuerzo, que expresa el poderío secreto en la historia del individuo, como llega a ser estadista en su patria, maestro reputado en otras tierras, poeta en la América, diplomático en naciones extranjeras, hombre de mundo en el áureo esplendor de los salones o en los bruscos remolinos de la rúa.

Desde la bohemia vaciada en rebeldías del modernismo, junto a Darío y a Lugones, que cedían en vigor personal al boliviano, luchó con denuedo por el remozamiento estético del alma americana. Su clara inteligencia, hendida por la vocación artística y el amor al saber, se mantuvo siempre en señorial reserva, lejos de la intimidad grosera con el público, actitud que jamás le perdonaron los sicofantes enardecidos de la sociedad y de las letras.

En cierto modo, el hombre también en Jaimes Freyre la indomable energía que talló los versos impecables de "Castalia Bárbara". La búsqueda insaciada de la perfección estética que colmó sus horas con amargas ansiedades, para brindarle al fin la miel dorada de los éxitos maduros. El deseo tenaz de alcanzar la verdad, que para Lessing es más estimable que verdad misma. La segura conciencia de su respetabilidad, en todo tiempo centro convergente para la atención ajena, por este dominio absoluto de la persona en la conducta, característica del gran señor, que en Jaimes era una zona propia con leyes y atmósfera particulares, tan pronto dominada por la arrogancia impetuosa del Renacimiento colérico y sensual, como regida por esos alisios medidos del siglo XVIII en cuya majestuosa cortesanía nació el clasicismo francés.

En distintas modalidades de su espíritu, Jaimes Freyre daba la sensación del moderno intelectual europeo por la vastedad de los conocimientos, la pluralidad aguda de los juicios y el ejercicio activo de la inteligencia que se desplaza por los horizontes numerosos del saber, virtudes que se amalgaman para construir ese tipo extraordinario de cultura que es el occidental contemporáneo, siempre alerta la atención, severo en el examen introspectivo, perspicaz e intuitivo para sorprender las innumerables relaciones de las cosas. Tipo humano tanto más admirable, cuanto más se diversifica por la fragmentación de la vida exterior y mejor se concentra por la amplia libertad espiritual.



Humanista en lo íntimo; mixtión de sibarita y diletante en lo externo gentil hombre que aúna la audacia casanoviana al refinamiento brummellesco; polifacético en lo mínimo, duro y acabado en lo esencial, don Ricardo alcanzó aquella difícil madurez de la personalidad que se resuelve en el gran señor.

El gran señor: es decir el maestro en la ciencia de la vida, el mago que en la dramática culminación del acontecer individual, jamás olvida al vasto escenario del mundo como fondo natural para el teatralismo de sus actos.

Pero gran señor, también, en el sentido aquel que se desprende de las palabras de Gracían: "Brilla en algunos en señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión. Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío." Y es a éste natural imperio al que Jaimes Freyre debe el hechizo magnético de su personalidad.

Jaimes Freyre o la personalidad. Es decir el equilibrio admirable entre la intención y el ademán; la singular simbiosis de las ideas con los actos; la estructura orgánica de adentro fielmente expresada por la fuerza activa de los hechos.

Personalidad. Lo intransferible. Es un acercarse a todos sin parecerse a ninguno. Algo que aflora del mundo interior a la superficie. Lo que se aprieta en torno a su propio centro, hasta dar la presencia de lo eterno en lo fugaz. Don Ricardo quiere ser, en todo momento, don Ricardo. Y porque la raíz de su ambición le nace desde el hondón del alma, es absolutamente fidedigna su actividad pública o social, donde todo nos recuerda la frase de Hebbel: "Vivo: es decir me diferencio de todos los demás."

Maestro, será evocado perennemente por sus alumnos. Parlamentario, descollará como uno de los oradores más brillantes -e inconfundible- de nuestra historia política. Diplomático, imprimirá un sello tan característico al desempeño de esas funciones, que Bolivia será recordada muchas veces en el exterior por la fiera altivez y el señorío de aquel Plenipotenciario cuya figura lució en los círculos oficiales de varias naciones. Ministro de Estado, no abdicará de su elevada respetabilidad. Poeta, será capaz de erguirse contra el rubendarismo, para oponerle sus famosas "Leyes de la Verificación Castellana" y un solo tomo de versos: "Castalia Bárbara", que llenó un ancho espacio en la poesía americana.

Y siempre — genio y figura — el orgulloso, e incorruptible, el altanero don Ricardo Jaimes Freyre; aquel que domina los secretos de la personalidad, lo mismo en el afán superno del artifice que depura largas horas el perfil ondulante de los versos, o en el gesto indolente y desdeñoso que inicia la marcha reposada.

Vasto en espíritu, tuvo asimismo singulares condiciones físicas.

Mediana la estatura. Erguido el torso varonil. Alta la frente. Distinguido el porte. El rostro de rasgos firmes y duros. Apretada la piel. Los ojos altaneros, cruzados de vivacidad. Decorando la imponente de la cara, el escorzo atrevido de los mostachos mosqueteriles. Y luego el clásico chambergo voluntariosamente curvado sobre la rebelde y crinada melena. Se diría un personaje salido del drama calderoniano. Solemne el gesto, la voz sonora y grave, fluían gallardamente las palabras cuando el orador ocupaba la tribuna, suspendiendo la atención del auditorio con el rasgo violento de la diestra nerviosa o la fiebre iracunda de los ojos ardidos, a manera de arrebatada decoración para el verbo henchido de vitalidad, que jamás perdía en sus labios la elegancia insinuante de la forma.

Ministro de Bolivia en Washington donde el numeroso cuerpo diplomático aminora la actuación de quienes representan a pequeñas repúblicas, Jaimes Freyre impuso la severa arrogancia de su porte y obtuvo el respeto que exigía para su persona. Alguna vez en que obedeciendo el rígido y estrecho protocolo, se hallen reunidos los ministros de diversas potencias, esperando pacientemente su turno de ingreso a la Casa Blanca, descenderá el plenipotenciario boliviano de su carruaje, cruzará marcialmente sobre el pavimento, y ante la estupefacción de sus

colegas dirá, al tiempo de dar un manotón al cordel que impedía la entrada: "El Ministro de Bolivia no hace antesala para nadie!"

En otra ocasión, cierto canciller sudamericano, desleal adversario en el complejo y sutil juego de los intereses internacionales, puesto por azares del destino en la dirección de los negocios de su patria, será avasallado por la insolente franqueza del ministro Jaimes Freyre, diplomático de otros tiempos, imperioso y altanero en sus frases, surgido acaso del dramático escenario del Renacimiento, que tuvo siempre, como hábil recurso para restablecer el equilibrio de la conversación amenazado por su propia impetuosidad, la audacia del gesto o la oportunidad del juicio de los cuales se vale el gran señor para definir un contratiempo.

Pero este gentil hombre de las airadas actitudes cuyo indomable orgullo exigió en todo momento el respeto para sí, era espontáneo al defender altivamente su independencia individual. Si ayer fue capaz de honrar su elevada investidura oficial, mañana tendrá —al desempeñar la plenipotencia en Río de Janeiro— la dignidad suficiente para rechazar una amonestación del mandatario de su patria, enviándole su renuncia con un cable altanero que desconocía todo derecho de censura para su persona.

Canciller de la República en 1923, plantea resueltamente la revisión del Tratado de 1904. Parlamentario, sostiene encendidos debates. Político, diplomático poeta u hombre de mundo, estará invariablemente erguido en su natural distinción, revestido de aquella fría y segura serenidad que le permitió afrontar desdeñosamente las adversidades del destino.

Fue pronosticado en cierto tiempo para la Presidencia de la República. Lógicamente, el hecho no se consumó, no podía consumarse; a Jaimes Freyre había que buscarlo y no supo ser dócil a los inciertos compromisos de la política criolla, alejándose de la democracia que nos rige, donde una figura de excepción como la suya despertaba más resistencia que simpatías.

Lo indiscutible es que, dentro y fuera del país, en el cargo público en la actividad particular, don Ricardo honró a Bolivia por la ética de su conducta y la noble dignidad que imponía a sus actos, practicando la sentencia del severo Schopenhauer: " Lo preciso no es la gloria; sino el merecerla."

Acaso vió flotar ante sus ojos la gloriosa visión que Rafael trazó en su "Escuela del Atenas" para exaltar la sabiduría del pensamiento pagano; por eso a manera de los humanistas italianos del siglo XV, o a semejanza de los grandes maestros de la pintura renacentista, que reunían a sus discípulos para educarlos con su experiencia y adiestrarlos en los misterios de la técnica, solía buscar el contacto con la juventud tucumana —entre la que residió muchos años— para brindarle sus enseñanzas, su ejemplar amor a la cultura, el culto a la respetabilidad del individuo, o sea todo aquello que solo puede dar un auténtico maestro del espíritu. Maestro que subrayaba la intensidad de la emoción comprensiva o fijaba el dardo finísimo del matiz, con la magnética atracción de su palabra, jamás fatigaba para hablar a los jóvenes, hacía recordar el juicio de Haeckel para quien la verdadera cultura consiste no en la muerta erudición de la memoria, sino en el desarrollo del raciocinio y del corazón.

Uno de sus íntimos y postreros anhelos fue el de regresar a Sucre para rodearse con el afecto conmovido de las generaciones mozas. En este trascender continuo de sí mismo hacia la juventud ansiosa de experiencia y de consejos, aflora el relieve más humano y bondadoso de su poliforme existencia.

Austero para recibir las mercedes de la vida, es igualmente digno en soportar sus adversidades. En su solitaria ancianidad, cuando la aguja loca de destinos saliendo de sus éxtasis fugaces, marque amargos instantes para el ilustre y voluntario exilado, el poeta esconderá la miseria final de su existencia, porque su corazón otorga la limosna pero no desciende a solicitar la dádiva.

Y una noche abril, sola en el centro del mundo, la carne vacilante deja evadir el alma de quien al enseñarnos las eternas virtudes del individuo, sin perder nunca el sentimiento de la propia dignidad, tuvo la sabiduría de dar un sentido estético a su vida, legándonos el recuerdo de una rica conciencia vigilante, reminiscencia de aquel Renacimiento que parece alejarse cada vez

mayormente de los hombres. Reminiscencia del Renacimiento insistimos, pese al dogmatismo cerrado de los críticos, que cegados por las tinieblas que los acechan en su descenso al fondo oscuro de las almas, no alcanzan a percibir el contorno real de la figura humana, hundiendo al hombre detrás del pensador.

### WINCKELMANN O LA ESTÉTICA

**W**inckelmann. ¿Quién es Winckelmann?

El laconismo de los diccionarios apenas dice que fue un anticuario alemán, un escritor. Los textos literarios los mencionan escasamente como a un estudioso de la arqueología. La crítica científica, materialista y dogmática, opone enérgicos reparos a la intuición creadora de su análisis. En suma: a excepción de algunos eruditos y de ciertos aficionados a la estética, se coincide en atenuar su mérito de investigador apasionado y su genio analítico que lo consagran — anota uno de sus biógrafos — como precursor de la estética verdaderamente razonada.

En su monumental Historia del Arte Wöermann lo señala como Padre de la Historia del Arte Griego. En verdad, creador de ella, fue el armonioso espíritu que fraguó las luminosas páginas de la "Historia del Arte en la Antigüedad" y las inmortales " Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la Pintura y en la Escultura."

Antes de Winckelmann, los hombres recordaban el arte antiguo como un todo severo, hierático, cuyas rígidas formas aprisionaban frigididad de espíritu. Incomprensión, escaso poder intuitivo, ausencia de entusiasmo para percibir la belleza, reducían el estudio de la antigüedad a una simple labor arqueológica de minuciosa investigación objetiva.

Fue necesario que viniera al mundo el genio apasionado, la rica sensibilidad de percepción de Winckelmann, para que se produzca el redescubrimiento y la dignificación de la historia del arte antiguo.

Acaso el secreto de su éxito se debió: primero a su inteligencia y clara y vivaz, progresivamente desarrollada, que superando el estudio arqueológico de investigaciones aisladas por la presencia múltiple de la analogía general, compara géneros, escuelas, estilos y tendencias en relación a épocas y lugares, dando origen a la historia razones y ensanchando considerablemente el panorama del pasado mediante la aplicación de un criterio científico para apreciar las obras artísticas; y segundo, a su noble y puro corazón, desbordante en la efusión del sentimiento, sincero en las reacciones afectivas, que encuentra bellas la naturaleza y las obras de los hombres, o sea ese tipo genuino del entusiasta estético que Spranger tiene analizado en su "Psicología de la Edad Juvenil." Las palabras del mismo Winckelmann definen su ideal: "He contemplado siempre las obras de arte el mar por primera vez dijo que era bastante lindo. La autamastía, o la no admiración recomendada por Estrabón, porque produce la apatía, puede tener mérito en moral pero no vale nada en cuestiones de bellas artes."

Por el delicado esteta alemán del siglo XVIII, la humanidad ha llegado al principio trivalente de que la Verdad, la Libertad y la Belleza son el "phatos" estético de los griegos. Por sus sagaces inducciones acerca de la influencia de los climas en el carácter y las diversas formas de expresión de los hombres, pudo más tarde, Taine fundamentar su teoría del determinismo ambiente en el arte. Merced a su aguzado análisis — lógico en la exposición y diáfano en el estilo— se sabe que el encantamiento del arte helénico reside en la secreta consonancia del fondo con la forma.

Gracias a sus investigaciones estamos informados que si la veracidad preside la escultura griega, porque a más de la perfecta representación del hombre físico, su innata comprensión del espíritu humano aflora a la superficie los sentimientos íntimos que rigen la actitud visible, también la libertad se expresa dentro de la regularidad de las proporciones, sin que el artista pierda su autonomía de iniciativa, puesto que dispone de infinitas variaciones en lo expresivo para combinar las formas, logrando así dar carácter propio a cada obra.

Para comprender las innumerables manifestaciones del genio artístico, mediante el estudio analógico de sus características particulares; abarcar el inmenso panorama que representa el

desarrollo de las bellas artes; y extraer las profundas enseñanzas que atesoran las obras legadas al mundo por pueblos y artistas del pasado, ningún lenguaje más accesible y convincente como el que utiliza Juan Winckelmann por las páginas luminosas de sus libros, educando la conciencia del hombre mediante la serena comprensión de su filosofía de las artes, de las leyes que norman la belleza y de las hondas y continuadas relaciones del espíritu humano, en su ascensión hacia la luz.

Si en vez de una enseñanza puramente mnemónica y cronológica de la historia, cargada de números, rebotante en detalles, se introdujera el sentimiento estético de lo bello para interpretar los grandes periodos de claridad y de sombras que presiden alternativamente el destino del hombre, se habría obtenido una fácil victoria sobre el espíritu infantil cuya vivaz imaginación rechaza los dogmas extensos y fríos de la ciencia, cediendo suavemente al imperio de los relatos históricos que se afirman en el entusiasmo y el culto instintivo del alma por la belleza.

En lengua castellana, Mariano A. Barrenechea ha escrito una novela histórica que es, simultáneamente, notable biografía del gran esteta alemán. "Winckelmann o la Estética", lejos del simple interés episódico, es una valiosa obra didáctica que causaría inapreciables beneficios si fuera difundida en los círculos estudiantiles de América, porque tiene la claridad pedagógica que persuade y la elevación de ideas capaz de dignificar sobradamente un tema.

Será necesario que el lector sea dócil al suave goce estético, para extraer el poder suasorio de la palabra impresa. Pero aunque así no fuera, la patética lectura de este libro puede infundir aquella límpida alegría que se requiere para amar y comprender lo noble y lo bello de la vida.

Llegando en tiempos de extrema lucidura mental, de serena despreocupación externa, de confiada paz interior, o en minutos tejido de amargura, siempre estará pronto a esparcir la gracia de su dulce poesía, porque la ternura y la piedad bruñen el oro de sus páginas

Admitamos que el autor de la "Historia del Arte en la Antigüedad" hubiera sido un hombre tan semejante, en lo humano, a los demás. La vida no es tan plácida ni el hombre tan dotado de virtudes. No obstante, al conjuro del deseo, se modifica el destino aunque solo sea en la efusión del libro; por eso a través del culto fervoroso que Barrenechea le consagra en su novela histórica, su clásica figura se yergue depurada por el amor. Así se justifica, una vez más aquel "verismo mágico" de Bontempelli, según el cual la verdad se crea en la transfiguración que hace el poeta.

En esta hora de trágicas vacilaciones donde el espíritu sucumbe por influjo del escepticismo general de las ideas — signo irremediable de decadencia —, la humanidad necesita depurar la historia de sus mejores individuos, creando el arquetipo más allá de la miseria terrena. Esta es la gran lección moral que se desprende del "Winckelmann" de Barrenechea, cuya atmósfera de noble serenidad provoca inmediata acción refleja en toda alma sensible que a él se aproxima.

Sus excelencias didácticas son innumerables. Valioso el humanismo que trasciende de sus hojas. Así debiera —siempre— invadir la cultura al lector. No prolonguemos la inmersión en que este aspecto. Busquemos, mas bien, su magia espiritual, que hiere dulcemente el corazón humano revistiéndolo de la suprema dignidad que da el contacto con las altas acciones.

Barrenechea ha modela sus personajes con intenso y amoroso empeño, confiriéndoles la firmeza moral y la nobleza de sentimientos que caracterizan a los seres superiores.

Winckelmann; su padre, el humilde zapatero que educó su alma en el culto del bien de la verdad; el ilustrado Conde Enrique de Bunau, su primer protector; la encantadora Elisa, en quién se encuentra la imagen del amor puro y desinteresado; Juan Manuel Francke, erudito bibliotecario de Noethenitz; el acometivo y escéptico Cardenal Archinto; Rafael Mengs, el gran pintor alemán; y Leticia, la hermosa cortesana que introduce como un personaje de ficción para interpretar cierta fase del elevado espíritu de Winckelmann, son figuras de vivo colorido, de serena dignidad, que recuerdan la honda belleza y el misterioso prestigio de los seres que inmortalizó en sus lienzos Nicolás Poussin, clásico intérprete de la armoniosa perfección de la naturaleza.

En constante lucha contra un destino adverso; tenaz en la búsqueda de la verdad; contraído sobre la letra de los viejos infolios; extasiado en la contemplación de las soberbias esculturas de la Hélade, este místico de la belleza emerge desde la penumbra del XVIII como un apóstol del idealismo desinteresado, que consagra todas sus horas al bien de la humanidad.

Alguna vez se ha dicho que la belleza es la cualidad que tienen los cuerpos para sugerir amor. Nada lo confirma mejor como este libro —agua clara de todas las grandes obras literarias— ondulando bajo el tibio y conmovido resplandor de la eterna simpatía.

Y si fuésemos a buscarle una incidencia estética al destino singular de Juan Winckelmann, la encontraríamos en "El Entierro de Atala", de Girodet, donde la fuerza delirante de la juventud de Chactas se alza frente a la austera sabiduría del Ermitaño, en tanto la gracia del cuerpo de Atala sostiene el equilibrio del lienzo, bajo el paisaje bañado por una suave y dolorosa melancolía.

Se diría, éste, un símbolo de su vida consagrada con todo el ardor expansivo de su potencia juvenil, a encontrar la verdad por la belleza, mientras los ojos ciegos del dolor se hacen rosa de luz en la penumbra.

### PAUL MORAND EN ESCORZO

Inteligencia. Cultura. Fino sentido de ironía. Como máxima virtud, cabal expresión de nuestro tiempo.

Buen novelista, capta fácilmente tipos humanos; a pesar de su ligera psicología logra bucear climas morales. Personajes cosmopolitas, vagos, fugaces e intrascendentales. Estilo nervioso, brusco, astillado, con ese desorden que predomina en todo lo moderno. No exenta de relativa profundidad, la conferencia lo revela en función de crítico y de estudioso. Humorista, el "esprit" francés danza en su pluma. Ingenio. Sagaz sentido de la metáfora que no obstante — recordemos a Gómez de la Serna — muchas veces degenera en chascarrillo.

Su prosa es ágil, dúctil, abundante en imágenes; a veces recargada, como en los lienzos de ciertos primitivos que acentúan el valor del detalle, sacrificando la sencillez del dibujo a una excesiva decoración de oro y plata.

Se ha dicho que Paul Morand es el creador de la nueva técnica de escribir. En rigor, no es la suya una técnica; es más bien, el retorno a una más rudimentaria y sencilla manera de expresarse, suprimiendo los juegos de grandes períodos y volviendo a esa síntesis breve, simple, algo ingenua, entrecortadas con que el hombre se expresaba antes de dominar los secretos del lenguaje. Sin embargo, la crítica del día insiste en que el escritor galo es todo un innovador. Liguemos ambos puntos de vista y acaso obtengamos una fórmula equilibrada: se trata de un prosista ameno, de constante movilidad, visual fotográfica que llega a lo fácil eliminando disciplinas técnicas de composición.

Su afán de originalidad, cierta noción de la síntesis más en la forma que en el fondo, su mirar rápido e intrascendente, la fragmentación panorámica de su estilo, hacen de Paul Morand para una apreciable mayoría, el literato más atrayente de la época. Justamente: un literato completo como la madera, saltando en astillas por acción del obús, es la representación más acertada del desequilibrio humano de posguerra.

El jazz epiléptico, desenfrenado, rico en desórdenes e incoherencias, haría un adecuado paralelo con esta prosa de "art nouveau", que no deja tiempo ni para pensar porque aturde con su abigarrado cromatismo y las exóticas tonalidades que la animan.

Paul Morand, viajero, cruza todas las latitudes fascinado por el vértigo cambiante de la civilización. Para expresarlo, la pirueta será el mejor vehículo.

En tensión del chiste o de frivolidad permanente, es difícil sino imposible dar visiones del mundo. Morand— demasiado hombre de su tiempo—fracasaría como narrador de viajes, de no

contar con su ágil espíritu galo que aúna lo curioso a lo ameno, lo fugaz a lo sutil, la percepción inmediata al giro diáfano y vivaz. ¿Qué nos cuenta del mundo este viajero infatigable? Ve poco; inventa mucho. Un periódico, una revista, una audición de radio, los informativos mundiales del cine compiten ventajosamente con los relatos andariegos del francés.

"Nada más que la Tierra." ¿No es, la Tierra, nada más que eso? Arquitectura de planos superpuestos, desorbitada, recargada, insustancial, que cansa al observador. Algarabía, ritmo fugado, acumulación de imágenes, puro verbalismo. Sonidos vagos que nunca llegan a vibrar con la intensidad acústica que distingue a la vida en plenitud.

Morand es la civilización cansada de sí misma; por eso despoja al mundo de todos sus valores vitales. Lo describe como un profesor de anatomía dictando cátedra sobre un esqueleto. Y es rápido, inconsistente, monótono por la enumeración de rótulos que preside su itinerario. Más próximo a la apariencia que a las esencias, prefiere campear por el divertido escenario del turista que, al término de sus viajes, acaba de aburrirse con su propia inquietud, totalmente vertida al mundo del contorno.

Estamos con un libro de Paul Morand en las manos: humo de cigarro, espuma en la ola. Humo y espuma de trazos ligeros, livianos, aéreos.

La literatura viajera del autor de "Fermé la Nuit", es tan indispensable para el dolor de cabeza como la cafiaspirina, por fácil, entretenida, arbitraria y fantástica aunque rara vez verídica. Viajero que reduce la maravilla del mundo a concepciones que corresponden necesariamente a la era de las máquinas, de la velocidad y del vértigo, he aquí el espécimen de la cultura de 1930. El porvenir probará la maleabilidad de esa cultura.

Estos huéspedes volátiles que cruzan los cielos de América en raudo vuelo, nos abruman después con deliciosas y extravagantes interpretaciones de nuestra realidad, a manera de una fugaz fragancia de jazmines que el viento vernal dispersa burlonamente en el confín.

Decía el Petrarca que el deseo dificulta la obra. Ninguna época justificó mejor esa sentencia como la actual, donde por excesiva voluntad de realizarse prescindiendo de toda disciplina interior, por desmedido afán de falsa originalidad— renombre mercantil y gruesos públicos en el mercado de lectores, antes que cosas perdurables— los escritores se traban en la malla de su atolondrada ansiedad.

La literatura moraniana ensambla admirablemente con la pintura de Picasso, las estridencias orquestales del Ted Lewis, la escultura de Archipenko y todas esas detonantes manifestaciones del superrealismo, cuyos últimos acordes resuenan todavía por el mundo.

Reconociendo en Paul Morand a uno de los hombres de letras más dinámicos de su tiempo, esclavo de su desenfadada ambición de originalidad y esclavo asimismo del público insaciable capaz de aceptarlo todo a condición que no sea lo habitual, es de lamentar la esquizofrenia que padecen ciertos críticos del continente, pues solo a pérdida del sentido de la realidad, puede atribuirse que en varias capitales sudamericanas se hubiera aclamado al escritor francés como a un genio de la literatura universal.

### NOTICIA EN LA PINTURA BOLIVIANA

**E**l sentido estético del paisaje boliviano, durmió un largo sueño inmóvil hasta que los descubrieron nuestros jóvenes pintores.

Son los reveladores. Antes de su advenimiento, la potencia excesiva de la naturaleza serrana pesaba sobre el hombre sin enseñarle aún la magia enérgica y distinta de su extraña belleza. Solo cuando ellos se aproximaron a su inmediata realidad, pudo decirse que nuestro paisaje cobró vida animada en el sentimiento artístico del observador.

Por razón de su verticidad, la influencia occidental se expande a todos los confines, dominando en continuada resonancia la vertebración activa del mundo. Pobre en vigor ideal,

superior en materias energías, la saxoamericana penetra intensivamente la pasta amorfa y blanda del alma criolla.

Entre ambas calidades habría de fluctuar lo sudamericano: materia, espíritu que vienen de fuera al interior. Sin embargo, rompiendo ajenas influencias, liberándose del mandato externo, existe sobre las aportaciones extrañas una íntima energía, soberbio terral que ciñe en ancho abrazo las potencias anímicas del criollo; sentimiento propio y sólito que naciendo de la tierra que nos sustenta, nutre el proceso de nuestra formación espiritual.

¿Qué oponemos al progreso externo, la estandarización, los sistemas confluyentes de afuera? Emoción natural, belleza interior, salud y veracidad. Cuando no riqueza intacta de vernáculos melodías, temario maravilloso de la pictórica serrana, violenta, efusiva es el colorir, donde se cumple con cálidos aliento la sentencia de Goethe: "Los colores son acciones y pasiones de la luz."

América, la nuestra, sustentada en el prodigio de sus paisajes físicos. América, la nuestra, ebria del canto telúrico y de la danza vegetal. Tierras que ascienden a los cielos. Tierras que se recuestan sobre el mar. Cumbre y llano. Sierra y pampa. Trópico de las pobladas extensiones. Altiplano de las profundas soledades. Naturaleza que domina al hombre y lo sustrae a la invasión poderosa de la dinámica material, con el imperio resuelto de sus formas.

Si alguna definición hubiera de darse al sentido último de la pintura americana, diríamos que ella es esencialmente regional. En lo geográfico, en lo típico, en lo humano, distintas características constituyen lo representativo de las valencias regionales. Interpretar esas cualidades, lo que de particular y de íntimo tienen ellas, es hacer pintura americana.

Lo regional es sustantivo para la comprensión del espíritu criollo. Folklórico equivale a definición de personalidad colectiva. Cada región es una particularidad del alma nacional; digamos, mas bien, del alma del país ya que en rigor filosófico no somos todavía una nación, —como no lo son casi todos los pueblos sudamericanos— porque no hemos encontrado el estilo fidedigno que nos exprese. La etapa cultural no ha uniformado ni ciudades ni campos; predomina aún el anarquismo individual y colectivo. De aquí que un pintor, para traducir la individualidad de cualquiera región tomada del haz de lugares que hacen la suma del país, tiene ya elaborada la condición de la diversidad, tan necesaria para caracterizar a la obra de arte; tiene además la frescura del tema — exótico a veces, nuevo casi siempre— para oponerla al temario construido o excesivamente frecuentado de la pintura europea.

Por estas condiciones de matinal espontaneidad, la pintura boliviana tiene un valor peculiar, característico, que puede darnos mañana fisonomía propia en el arte mundial, si nuestros pintores no malogran la insuperable oportunidad estética que le brinda el destino, al acumular un tesoro de matices en el inmenso escenario de estas tierras vírgenes, donde podría anticiparse una cultura nutrida en plásticas y cálidas raíces.

El problema del nacionalismo artístico empeñosamente perseguido en el continente, tiene en Bolivia mayores probabilidades en lo pictórico o en lo musical, que en lo literario.

No alcanzamos a penetrar el reducto psíquico del indio, herméticamente cerrado dentro de sí. Las versiones literarias de su vida son simples tentativas de torpe intuición, rarísima vez afortunadas, que no llegan a desentrañar los substratos del alma indígena, tratándose a lo sumo de interpretaciones del motivo vernáculo a través de formas perfectamente extrañas. Es que del indio, producto étnico natural en forma con su medio físico, al americano híbrido, semi-europeo, semi-sajon, o semi-criollo, hay abismo infranqueable para la simbiosis biológica, porque se trata de dos estados de alma que se repelen mutuamente sin llegar a comprenderse.

En cambio en la pintura, el universo exterior del indio se objetiva con notable precisión. Todas las formas sensibles al ojo: riqueza cromática, simplicidad de líneas, atmósfera psíquica en cuanto a sus características objetivas, son susceptibles de inmediata aprehensión.

Conocimiento directo de la naturaleza externa donde mueve la vida indígena, que confiere una suerte de clarividencia artística al pintor, permitiéndole aventajar y superar fácilmente al

escritor en su trágica lucha por traducir los módulos invisibles del "ethos" indiano. Por eso algunas veces si Guzmán de Rojas, Reza o Reque Meruvia, obrando bajo la influencia de su educación clásica o por imperio de la sutil estilización moderna, nos dan figuras y ambientes indígenas revestidos por apariencias europeas en la composición o en el dibujo, descubrimos siempre en sus trabajos una viva emoción, una presencia inminente por las que se manifiesta en espíritu racial, no con la evidencia del fenómeno, sino mas bien por la fuerza íntima del sentido.

Lo cierto es que el indio, idéntico a su representación externa, vive en los cuadros de nuestros pintores tan evidente como el medio que lo sustenta. El misterio de su psique persiste como en la inmutabilidad de su vida real; pero la pintura ha dado un paso más en el acercarse de los siglos: es la fuerza intuitiva del dibujo, cuyo poder sintético puede fijar en una línea, en un rasgo, en una sombra, mucho más de lo que contengan extensos y detallados capítulos.

Lo melodramático es la raíz de nuestra incultura artística.

Este melodramático —no confundamos con lo dramático puro, una de las formas superiores de la expresión estética— nace con nosotros desde la cuna, nos es insuflado después en la escuela, lo encontramos más tarde en la universidad, en la actividad social y remata finalmente en todas las posibilidades de la vida boliviana: periodismo, crítica, teatro, poesía, pintura, novela, historia, culminando en la política, círculo el más ancho del acontecer nacional, donde la oratoria, su máxima modalidad, se gana holgadamente la predilección del pueblo por lo espectacular de sus manifestaciones.

Un pintor que trate asuntos aparatosamente trágicos; un escritor que interprete motivos intencionada o burdamente espeluznantes; un historiador que se afirme en la exhibición de nuestras miserias seculares, encontrarán cordial acogida del público. El sentimiento melodramático de la vida, el amor a la fatalidad, a la tristeza indeterminada, al permanente pesimismo, son estados de alma del pueblo boliviano. Por ello nada expresa mejor nuestro "phatos" espiritual, como la tendencia de ciertos escritores nacionales que con empecinado desconsuelo, visión en negro de los hechos y renunciación a todo superarse, refleja con justeza la vocación ideológica para lo negativo, tan propia de los pueblos en formación.

Contra esta desviación del buen sentir, contra esta perniciosa oscuridad de la inteligencia, deben luchar por igual artista y escritores, buscando la libertad del gusto popular y más tarde su lógica depuración mediante la persistencia en los bellos modelos, la crítica perseverante y severa y la exhibición de los estragos que causa al individuo es culto por el lado grosero, bárbaro y negativo de las cosas.

Hay pues una misión para el artista: educar mejor dicho crear el sentimiento estético de la vida en nuestro ambiente; y urge un deber para todos; contribuir a la formación de una jerarquía de valores que permita ordenar y distinguir las obras de arte, función primaria para hablar de cultura artística. El pasado fue la negación; o sea el pesimismo. El presente y el futuro deben ser en Bolivia, por virtud de sus nuevas generaciones, la viril afirmación del optimismo creador.

Nuestros pintores jóvenes están creando la conciencia estética del alma nacional, conciencia que, por lo demás nunca se tuvo en el pretérito. No dan lo que el gusto popular exige, rehuyen someterse a la barbarie espiritual del medio, trabajan con absoluta independencia temática, conscientes de que en arte no hay otra moral que la radiosa libertad del artista. Este es su mérito, la invalorable aportación que les debemos, porque enseñan en vez de someterse a la rutina; hablan un lenguaje de verdad desdeñando los convencionalismos del hábito; y educan con el propio ejemplo.

La pintura de Cecilio Guzmán de Rojas, escuela de salud, afirmación vigorosa de optimismo que exalta la euforia de la vida, es la que más conviene a nuestro medio, porque merced a ella rompemos las viejas ligaduras de la herencia morbosa que nos mantuvo sumidos largo tiempo en la oscuridad.

Reaccionando contra el nefasto dominio de lo tétrico, realismo patológico y descarnado que primó en el siglo XIX, Guzmán de Rojas aporta la recia libertad de sus pinceles, jamás sometidos al imperio de la masa, prontos a educar la percepción artística del espectador mediante



la revelación de bellezas naturaleza que forman en su conciencia el verdadero gusto por lo bello. Así el poder de discernimiento del que juzga, ya no descansa en la puerilidad dramática, mejor dicho melodramática del tema, sino en la naturalidad espontánea de los motivos que se desenvuelven con soltura por la independencia de la iniciativa y la honestidad del realizarse.

Cecilio tuvo la suerte de estudiaren las principales academias de España, en las cuales absorbió la riquísima herencia clásica del genio pictórico hispano. Discípulo afortunado de los más grandes maestros peninsulares, ha tomado de ellos su amor al color y el virtuosismo técnico que distingue toda su obra.

La personalidad es indiscutible en el potosino. Tamiza noblemente las influencias merced a su fina sensibilidad emotiva que le permite evitar toda servidumbre, sin desconocer aquella verdad inmanente que estableció Winckelmann al señalar la metempsicosis eterna de las ideas, la influencia vasta y perpetua de la inteligencia sobre las inteligencias; es decir que nadie puede ser absolutamente original.

Es Guzmán de Rojas el más logrado de nuestros pintores y habría en consecuencia mucho que decir de su obra. Entretanto, dejando el análisis detenido y el estudio de la significación que ella encierra los críticos, limitémonos a señalar en esta fugaz noticia de la pintura boliviana, su sagaz percepción del paisaje, la clara y profunda comprensión que pone al traducir la dramática existencia visible de la sierra boliviana; aguafuerte natural por su riqueza de contrastes, que el artista recoge con pupila creadora, la más afortunada, hasta hoy, de cuantas trataron sus posibilidades pictóricas.

Su pintura nos ayuda a comprender mejor el politeísmo antropomórfico de las razas pre-colombinas que poblaron las abruptas mesetas del Ande, porque solo en este paisaje "Cunti", mago del contraste, en que cada expresión telúrica da relieve a otra con singular energía, pudo florecer la adoración a las fuerzas naturales.

La vida se manifiesta con mayor evidencia, allí donde el color se impone plenamente. Guzmán de Rojas lo siente así y con honda euforia enciende en vivos tonos la tela, evidenciando perspicaz aprehensión de los valores cromáticos de nuestro paisaje.

Cierta crítica, poco acertada, reprocho alguna vez al potosino por haber "falsificado la naturaleza." Extraño juicio, en verdad: ¿qué artista no falsifica la naturaleza si el arte es interpretación, estilización de la naturaleza? No se ha comprendido tal vez que el vigoroso temperamento de Guzmán de Rojas no puede someterse a un rendido vasallaje al mundo exterior, y que el panorama es un medio y no un fin para realizar su arte. O bien no se vislumbra que el artista lleva al mundo exterior la enérgica belleza de su espíritu, aportando a la vez que asimilando, sin que jamás se produzca la absoluta identidad con la naturaleza.

Cecilio ha penetrado en el interior de nuestra sierra, sintiendo su dramático desgarramiento, su deslumbradora grandeza, la poderosa sugestión de sus formas coléricas. Embellecido por la brujería de su arte, el paisaje andino está aprisionado en sus lienzos con sus colores tumultuosos y el potente clamor de sus contrastes. Intérprete el mas vigoroso del cosmos paceño, pudo merecer de un crítico peninsular estas palabras: "El cuadro "Triunfo de la Naturaleza" del pintor boliviano Guzmán de Rojas, tiene algo de himno indio; es como la expresión plástica de unas estrofas panteístas, musitadas con reverencia de hombre primitivo."

En el retrato, tiene ponderables trabajos de técnica depurada y honda riqueza psicológica, que acredita, su capacidad para la creación fisiognómica. Tipos criollos e indígenas están logrados merced a un realismo expresivo y veraz; pocos y certeros rasgos le bastan para captar toda la malicia, la adustez, el sensualismo o la desconfianza de la psique racial. Enriquece sus versiones folklóricas, la destreza en el logro del detalle, el hábil juego con que reconstituye la indumentaria, los atavíos y todos aquellos complementos que particularizan al sujeto regional y a su medio.

La tendencia decorativa, discretamente utilizada, es un oportuno instrumento del cual se vale dócilmente el pintor para manifestar su rica inspiración.

Prepara una exposición documental de la Guerra del Chaco, aún desconocida del público, en la cual es razonable presumir que Cecilio obtendrá un rotundo éxito. Será la guerra vista por el

espíritu torturado de quien compartió la tragedia. Más que cuadros objetivos, las sensaciones que el hombre lleva al paisaje cuando lo tritura el dolor y lo abate la cercanía de la muerte. Superrealismo, en cuanto el término significa visión intelectual, creación del espíritu, y no extravagancia de vanguardia.

Miembro el más joven de la Academia de San Fernando de Madrid, ha sido aplaudido por ilustres críticos españoles —Diez Canedo, Francés, Fil Fillo, Domenech, Galinsoga, Méndez Casal, etc.— desempeñado actualmente con general asentimiento la Dirección General de Bellas Artes en nuestro país.

Naturaleza múltiple en matices, Guzmán de Rojas va de la pintura expresionista al motivo estilizado con facilidad. Su poderoso temperamento, en continuado camino de ascensión, no ignora los secretos recursos de la fantasía y a ello se debe que sus telas tengan, muchas veces, aquel sello personalísimo que el pincel estampa en el lienzo, cuando lo anima una sensibilidad impetuosa, audaz que tiene algo de fuego y algo de huracán.

Joven por edad y la experiencia, posee una fecunda obra pictórica, que le ha valido merecidas distinciones. Si hoy está en la cima de nuestra pintura, lo justifican por igual su severa disciplina, su infatigable labor de investigación y la segura personalidad creadora que esplende en sus lienzos. Cecilio es para Bolivia un joven maestro, cuyo arte hecho de fuerza y de pasión, nos incorpora a la pintura universal.

Jorge de la Reza cultiva un arte de abstracción. Mentalidad subjetiva difícil de llegar a las muchedumbres, porque exige una percepción intelectual desarrollada al grado aquel que demanda la refracción de sugerencia de los símbolos.

Reza es un pintor cerebral, de viva imaginación, que halla en el mundo circundante solo un pretexto para traducir el universo anímico que lo mueve. Ni sus figuras, ni sus coloraciones, ni sus paisajes están contenidos en la visión familiar del observador.

Sustituye los tonos vivos de la realidad, el colorido cálido del mediodía, por una gama de matices suaves que lejos de herir la retina seducen por la simpatía de su levedad, correspondiendo fielmente al colorido irreal de su mentalidad pictórica. En esta gradación de los tonos, es manifiesta su destreza. Excelente dibujante, estiliza con fino acierto sus figuras; posee un apreciable sentido decorativo que mantiene el encanto peculiar de sus obras y enriquece el simbolismo de las imágenes.

Creador, por razón de su propio subjetivismo, Reza tiene concepciones tan personales y afortunadas como su Trilogía de Wirakocha, donde desenvuelve motivos de la mitología aimara con vigor plástico y alto vuelo en la fantasía. Los indios, el ambiente indígena que describe, no son ciertamente auténticos; pero es tan honda la elegancia de sus estilizaciones, tan noble el encanto de esa poesía que canta en sus lienzos, que lo vemos realizarse más allá del tema folklórico, supervalorando el motivo por la belleza de la inspiración.

Artista de minorías y por consiguiente artista de excepcionales cualidades, Jorge de la Reza se expresa mediante una pintura intelectual que tiene — a veces— raíz metafísica; en ella el juego de los signos busca la categoría estética antes que la autenticidad de las luces, revelándose desde el interior. Hay una suerte de percepción filosófica en esta pintura singular, que no es la pasión vital ni la expansión violenta de las cosas, sino el íntimo reflejo del conocimiento abstracto y un sutil discernimiento del mundo que no es de todos los días.

Arturo Reque Meruvia estudió en España, donde sus óleos y sus acuarelas merecieron significativas recomendaciones de la crítica peninsular.

En Bolivia solo ha expuesto aguafuertes y algunos grabados que lo definen favorablemente.

Trazo firme, nítido en la línea, sugestivo en el claroscuro, recuerda la escuela de los grabadores franceses del siglo XIX, por el refugio de sus penumbras y la misteriosa emoción de sus motivos. Posee los secretos del aguafuerte, manteniendo con soltura el equilibrio de los

contrastes; y acusa igual talento al transmitir versiones del melancólico espíritu que perdura en las viejas rúas castellanas, como al expresar la patética sobriedad de nuestro aimára.

El sentimiento y la técnica se alean en su obra, siendo uno de los más caracterizados exponentes de la pintura moderna que ha llevado la fisonomía visible de Bolivia al exterior. Sus naturales aptitudes y su inquebrantable perseverancia, pueden realizar más tarde al artista en plenitud de afirmaciones. La crítica española, en 1934, vuelve a encomiar una exposición de sus óleos calurosamente. Es pues, Reque Meruvia, dentro y fuera de su patria, un pintor original, que no tardará en ocupar la ubicación que le corresponde dentro de la pintura americana.

Jenaro Ibáñez es el tercer boliviano que triunfa en la península.

Agudo observador, dotado de singulares disposiciones para la interpretación del folklore nativo, algunos años de silenciosa labor en su patria y pocos meses de permanencia en Madrid, le fueron suficientes para presentar varias exposiciones de motivos indígenas, matizadas con la presencia de motivos hispanos. Diez Canedo, José Francés, Castro Gil, Julio Moisés y otras personalidades que anteriormente juzgaron la obra de nuestro Guzmán de Rojas y de Reque Meruvia, han consagrado igualmente con su estímulo a Jenaro Ibáñez.

Pasando con igual destreza del dibujo al aguafuerte y de éste a la talla en madera, Ibáñez viene superando constantemente su producción merced al poder intuitivo de su análisis, a su fuerte objetivación y a la frecuente originalidad de su espíritu que imprime un lenguaje muy personal a cuanto elabora. Paisajes serranos, típicos indígenas, rústicas viviendas que graba, son inconfundiblemente suyos; pero esta visión particular no se reduce al cosmos vernáculo, porque al traducir el alma característica de las antiguas ciudades españolas, su labor es tan certera que aún los propios críticos hispanos reconocerán que el extranjero "ha tenido una visión propia de nuestra España, que es una lección para nosotros mismos."

Este sugerente artista, que a la riqueza temperamental aúna la severa disciplina del estudioso, es otro de los valores más representativos del arte boliviano, por la vibrante significación de su obra.

En Estados Unidos, fueron dos los bolivianos que difundieron nuestro folklore.

Antonio Sotomayor, dibujante, caricaturista y pintor, desvinculado hace muchos años de la patria, donde apenas si se le recuerda, ha sido encomiado por algunas revistas y publicaciones de San Francisco, que le señalaron contacto evidente con la escuela revolucionaria de los mexicanos Diego de Rivera y Orozco, a cuyas influencias no se habrías sustraído. Se añade que Sotomayor, si es nuevo en espíritu, lo es asimismo en la forma, predominando en su obra la estilización moderna que enriquece la composición si no rebasa los límites de lo moderado.

¿Tiene en Sotomayor nuestra pictórica otro digno representante? Es ese nuestro mejor deseo.

Roberto Guardia Berdecio, descendiente de artistas, vocacionalmente atraído por la pintura, a pesar de carecer de disciplina técnica, tuvo a los veinte años una feliz comprensión del paisaje serrano, haciendo conocer algunas tentativas informales en estructura, pero reveladoras ya de su apasionado amor a la naturaleza y de su rico sentido del color.

En los Ángeles, Guardia Berdecio pintó algunos frescos que al decir de ciertos diarios acusan una bella promesa artística. Últimamente ha viajado a México para perfeccionar sus conocimientos en la pintura mural y a fin de trabar contacto directo con la escuela revolucionaria mexicana, cuya tendencia social parece atraerlo.

Ignoramos lo que el futuro depare al joven pintor que aún no llegó al cuarto de siglo. Pero el artista que lleva inscrito en su clara sensibilidad, sabrá hallar el rumbo seguro para decir su mensaje.

Víctor Valdivia, caricaturista y dibujante radicado largos años en la Argentina y colaborador de los más importantes diarios y revistas bonaerenses, ha destacado rápidamente la excepcional habilidad de su lápiz, siendo uno de los ilustradores predilectos del público argentino.

Rubinic de Vela, otro dibujante boliviano, actual colaborador de "Le Matín" de París, ha hecho célebres sus apuntes de personajes políticos, demostrando riqueza para reproducir los rasgos fisonómicos e innata elegancia en el trazo.

Víctor Pabón, que como Jorge de la Reza estudió en Norte América, trajo de allí encomiables tendencias de investigación.

Ha tratado con acierto temas nativos. Su estilización, apartándose de toda tendencia realista, dota de cierta virtud de abstracción a sus cuadros. Las figuras son desproporcionadamente estáticas.

Pabón es quien ha sentido con más profundidad el "ethos" aimára, lo que se denota en sus característicos y sugestivos estudios de tipos indígenas, notables por la elucidación psicológica. Otras expresiones simbolistas de nuestro ambiente — entre las que descuellan sus originales estudios de nubes— han dado buena prueba de su técnica. El retratista no cede en interés al captador de paisajes, completando así la armoniosa totalidad del meritorio artista, cuyas exposiciones han sido justamente celebradas por la crítica.

David Crespo Gastelú representa en grado eminente lo que puede llamarse el autodidactismo artístico. Y es el más rico, desde luego, de nuestros pintores desposeídos de cultura clásica, que solo cuentan para realizarse con firme vocación, tenaz perseverancia y claro discernimiento visual.

La altipampa que se alza más allá de las altas sierras — cuatro mil metros verticales— constituye el tema central de su obra. Meseta de vastedad oceánica en el corazón del Ande, su belleza no es permeable al ojo intruso que desconoce las leyes que la rigen.

Lejos del racionalismo occidental, este mundo exterior gravita duramente sobre el hombre. Temor de Dios que como en las antiguas teogonías, descansa en la presión cósmica de las fuerzas naturales. Fornida roca. Montaña que se yergue. Llanura escueta, látigo del viento. Soportando la energía centrípeta del contorno, el hombre del altiplano lleva en su interior una limitación racial contenida, que se niega tenazmente a vivir en el ritmo civilizador. Orgullo aimára aprisionado en su fiereza ancestral, deja vivir al europeo o al mestizo en las urbes, mientras el indio se asienta hurañamente en sus solitarios refugios de la altura.

Este sujeto humano que se moviliza sobre la altiplanicie, cerrado en su hosca realidad, constituye el motivo gasteliano. Espíritu de la tierra y alma de su poblador, son sagazmente expresados por la concentrada observación, por el fino análisis objetivo, por la sobria síntesis de espíritu que Crespo Gastelú elabora para poner en movimiento esta singular comarca andina, específicamente americana.

Con clara retentiva de lo indígena, el artista traza en dibujo limpio, nítido, los temas de su visión. Línea depurada, de consumado dibujante, que se rustifica a veces para mejor reflejar la tosca cordialidad del panorama primitivo. Línea finamente estilizada, se diría fundada en las leyes de la orquímica, aquella ciencia que los griegos inventaron para dotar de gracia y dignidad los movimientos de la figura humana, por la maestría con que mediante un solo rasgo persuade a la movilidad de las figuras.

Colores suaves, uniformemente desplazados, que tienden sin exceso a una discreta decoración, lejos del brusco agolpamiento, es el suyo un poético y dulce cromatismo acorde con la indefinible tristeza del medio. Si Guzmán de Rojas es el mediodía vigoroso y radiante de nuestro paisaje, Crespo Gastelú es el crepúsculo diáfano, hondo en misterios, saturado de sugerencias, que hace lo fugaz de las líneas y el tono menor de las penumbras.

Pintura elemental, de dócil simplicidad cuyo frugal alimento plástico expresa admirablemente el mundo parco, dramático y severo de nuestro altiplano. En todos sus lienzos arde la llama suave del sentimiento indígena: vivienda, indumentaria, atmósfera anímica, todo es captado fácilmente por este sagaz observador del universo altipámpico.

En David Crespo Gastelú hay mucho de apreciable, mucho de promisor, expresado por fuerzas inéditas que se desarrollan sin presuroso intento, perfilando los límpidos contornos de un arte eminentemente regional que ha de dar excepcionales lauros a la pintura boliviana.

Es Ramón Katari otro de nuestros más puros indianistas, formado por exclusiva disciplina personal.

Cultiva lo folklórico y está fuertemente enraizado a la tradición racial de las grandes culturas autóctonas de Tiahuanaco y del Kollao, lo que manifiesta verídicamente en la significación primitiva que emana de sus cuadros.

Rebelde y personal, Katari es un espléndido xilógrafo. En sus tallas policromadas pone lo más típico y recóndito de su inspiración indiana, diversa y cambiante, que oscila del crudo realismo y los efectos decorativos abigarrados, a la sátira de costumbres o la interpretación anímica del indio. Predomina en él la tendencia social revolucionaria y es, sin duda de los escasos artistas que sienten con sinceridad nuestro problema étnico, como una tragedia irremediable que nos destruye inevitablemente por su disociadora heterogeneidad.

Ha contribuido con felices realizaciones a la divulgación del temario vernáculo. La crítica surperuana valorizó justamente sus trabajos hace algún tiempo. Ramón Katari: otro autodidacta inteligente que habrá de superarse en el tiempo.

Alejandro Mario Illanes, muchacho orureños que apenas sobrepasó la veintena, ha expuesto un conjunto desordenado de telas que permiten entrever lo siguiente: desprovisto de técnica, carente de cultura pictórica que le es indispensable para encontrar su propio valor, se trata de una naturaleza nutrida por una suerte de satanismo pictórico —pensemos en la literatura diabólica de Byron, de Leopardi y de Baudelaire— empeñada en traducir al lienzo la visión tétrica del mundo, el sentido trágico de la vida, pero cargando tan excesivamente el acento crudo y descarnado de los temas, que promueve desagrado en el espectador.

Cuando esta mentalidad singularmente realista desbaste las potencias oscuras que la gobiernan y pueda manifestar ordenadamente su recio subjetivismo, habríamos hallado un intérprete pleno de novedad, a quien hoy falta la elemental educación de sus medios expresivos. Illanes es un temperamento extraordinario. El pintor está aún por encontrarse.

Gil Coimbra, joven pintor y dibujante beniano, ha demostrado sorprendentes aptitudes.

Con clara penetración, capto la difícil y patética realidad del paisaje chaqueño, — óleos, carbones, dibujos en tinta china— siendo las suyas versiones muy afortunadas de nuestro Chaco, afirmadas en un riguroso realismo. No es menor su capacidad para el retrato. Poseedor de una fina vena gráfica, hábil par tratar las fases menos frecuentadas del tema, cuando vencida la iniciación incoherente de la juventud Coimbra se defina, tendremos un buen pintor o un excelente dibujante.

Desconocemos la obra pictórica del cochabambino Raúl Prada. No siendo justo excluirlo de esta breve noticia, limitémonos a subrayar que la prensa ha coincidido en señalarlo como a uno de nuestros más destacados acuarelistas.

Víctor Delhez, afamado dibujante belga, sostuvo que Prada, por su buena escuela y la riqueza de su observación, es artista de relevantes condiciones. Una exposición que presentó en La Paz le valió unánime aplauso del público.

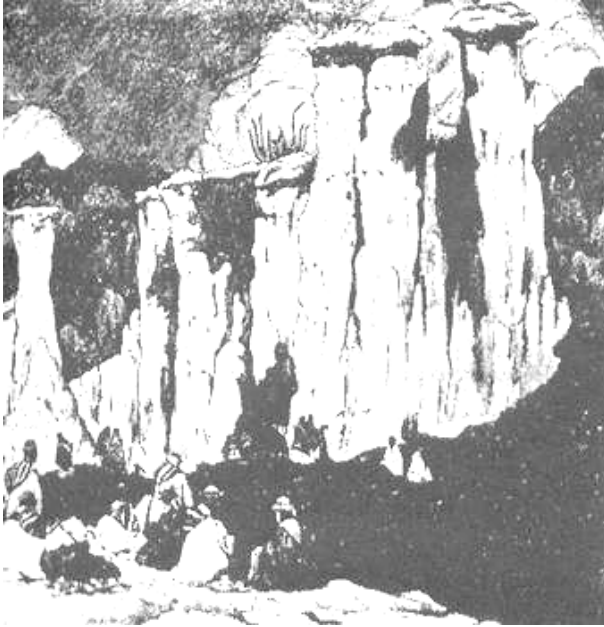
De estas ligeras reflexiones que pretenden dar una noticia — desde luego incompleta— sobre jóvenes pintores y dibujantes bolivianos, se desprende que tenemos ya una fisonomía propia dentro del arte vernáculo americano, no solo por la consagración formal de la crítica de un espíritu particular que se expresa con ínsito lenguaje anímico y característica riqueza de formas.

Es oportuno anotar que en una reciente monografía sobre arte moderno en las Américas, publicada por la Unión Panamericana de Washington, Bolivia figura con cuadros de Guzmán de Rojas, Sotomayor y Víctor Pabón, siendo el país mejor representado por la vigorosa expresividad de sus pintores y la rica inquietud de los temas.

Nuestros jóvenes artistas realizan una obra de sana influencia social, sin perder su independencia creador. Contribuyen a formar el sentimiento estético de las masas, no como sucede en el México de Diego de Rivera, donde la pintura se somete a una odiosa servidumbre política, sino con la radiante libertad expresiva que eleva lo vello para elevar el espíritu y educar la voluntad.

Acaso este insurgir violento de nuestro mundo visible al exterior, es la primera manifestación sensible de un pueblo que comienza a tomar conciencia de sí mismo y que busca por la imagen, lenguaje primario del ser humano, la manera de irradiar su personalidad por el mundo.

### ARTE AMERICANO

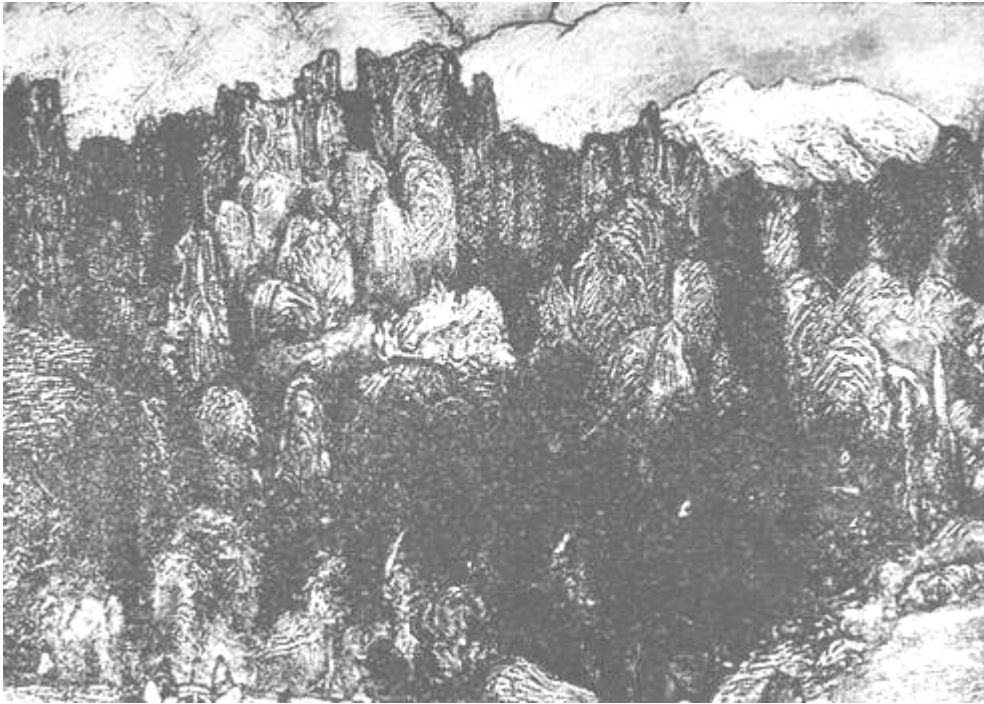


Tipos y paisajes del Ande Boliviano. Ocho cuadros de Cecilio Guzmán de Rojas

Fálicos de Calacoto



Ceramista



Paisaje  
De Palca



Más Fuerte  
que la Tierra



Tembladerani



Fiesta  
Indígena





Calatoteños



Entierro en la Sierra

## INDICE ONOMÁSTICO

Academia de San Fernando	Belzu	Descartes
Adler		Dickens
Aguilera Malta	Campero Narciso	Diez Canedo
Alejandro	Carlyle	Dionisos
Alegoría de Todos los Santos	Cándido	Dostoyewski
Alpacani	Castalia Bárbara	Domenech
Amauta	Castiglione	Durero Alberto
Ande	Campero Felipe	Don Segundo Sombra
Aníbal	Carvalho Ronald de	Doña Bárbara
Anzoátegui Lindaura	Castro Gil	Durtain Luc
Apolo	Cardenal Archinto	
Aristóteles	Carrera Andrade Jorge	Eckhart
Aristides	Campo de la Alianza	Ekidna
Archipenko	Cellini Benvenuto	Edad Media
Arias Augusto	Ciudad de las Aguas Muertas	El Entierro de Atala
Arland Marcel	Cicerón	El Cortesano
Atahualpa	Constant	El Muelle
Atala	Convención Nacional	El Artista Adolescente
Anzueta Mariano	Congreso de Panamá	Epaminondas
	Coimbra Leonardo	Ermitaño El
Bach	Coimbra Gil	Estrabón
Baudelaire	Coriolano	Escuela de Sabiduría
Barbarucho El	Colorados Batallón	Escuela de Atenas
Barrenechea Marianos A.	Colón	Escuela Central
Basadre Jorge	Crommelynck	Esquilo
Beatriz	Crespo Gastelú David	
Beethoven	Cunti	Fausto
Bonaparte	Cusano	Facundo
Bondo Flavio	Cuadra José de la	Fermé la Nuit
Bolívar	Cuentos Andinos	Filloi Fil
Bontempelli	Coubert	Forbes Rosita
Bonsels Waldemar		Frank César
Bourdelle	Chaco	Frank Waldo
Bourget Paul	Chactas	Francés José
Brown General	Chatterton	Francke Juan Manuel
Bunin Iván	Chénier	
Burns	Chopin	García J. Uriel
Bunau Enrique de		Galinsoga
Buanu Elisa de	Daza	Gallegos Lara
Byron	Darío Rubén	
Bounarrotti	Delhez Víctor	